

Medidas extremas

Amelia Suárez Arriaga

Premio Nacional de Cuento
Juan José Arreola | 2010

Concurso Nacional de Cuento Juan José Arreola

Medidas extremas

Amelia Suárez Arriaga

Medidas extremas

Amelia Suárez Arriaga

Premio Nacional de Cuento
Juan José Arreola | 2010



Marco Antonio Cortés Guardado
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Adolfo Espinoza de los Monteros Cárdenas
Rectoría del Centro Universitario del Sur

Víctor Hugo Prado Vázquez
Secretaría Académica

Mario Alberto Orozco Abundis
**Rectoría del Centro Universitario
de Arte, Arquitectura y Diseño**

Ángel Igor Lozada Rivera Melo
Secretaría de Vinculación y Difusión

Lourdes A. González Pérez
Coordinación de Artes Escénicas y Literatura

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
**Rectoría del Centro Universitario
de Ciencias Económico Administrativas**

José Antonio Ibarra Cervantes
**Coordinación del Corporativo
de Empresas Universitarias**

Javier Espinoza de los Monteros Cárdenas
Dirección de la Editorial Universitaria

Primera edición, 2010

© 2010, Amelia Suárez Arriaga

D.R. © 2010, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Col. Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

ISBN 979 607 450 318 0

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Hecho en México / *Made in Mexico*

Suárez Arriaga, Amelia
Medidas extremas / Amelia Suárez Arriaga. -- 1a ed.
– Guadalajara, Jalisco : Universidad de Guadalajara :
Editorial Universitaria, 2010.
92 p. : il. ; 23 cm.
Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola 2010

ISBN 978 607 450 318 0

Cuentos mexicanos-Siglo XXI. I t.

M863.5 .S93 .M4 DD21
PQ7276 .S93 .M4 LC

Presentación

El **Concurso Nacional de Cuento Juan José Arreola** está organizado por el Centro Universitario del Sur de la Universidad de Guadalajara, en colaboración con la Dirección de Artes Escénicas y Literatura de Cultura UDG y la Editorial Universitaria. Este concurso nace como homenaje a la memoria y el trabajo literario de Juan José Arreola, escritor originario de Ciudad Guzmán, y por la necesidad de convocar desde su ciudad natal un premio en uno de los géneros literarios más interesantes: el cuento.

La Universidad de Guadalajara instituyó este concurso, que se ha ido consolidando a lo largo de estos nueve años, con la finalidad de estimular el trabajo creativo de cuentistas mexicanos, el cual está abierto para obras inéditas de escritores residentes en el país.

La obra ganadora de esta novena edición, seleccionada entre 204 trabajos, es *Medidas extremas*, de Amelia Suárez Arriaga, originaria de la Ciudad de México, pero radicada en el Estado de México. El jurado estuvo constituido por Ana García Bergua, Alejandro Toledo y Mauricio Montiel Figueiras.

Medidas extremas fue declarada ganadora por la construcción de atmósferas inquietantes, pesadillescas, que mantienen el interés continuo del lector, además de contar con resoluciones eficaces, sorprendidas, a través de un aliento narrativo que se sostiene a lo largo de relatos extensos y de tramas tortuosas.

Índice

11	Whisky en la garganta
40	En blanco y negro
52	Signos de traslado
70	Medidas extremas

A Estela Zubillaga
A mis padres Fernando y Margarita

Whisky en la garganta

Hoy podría estar en cualquier lugar: sumergido en la bañera frotándome los codos con una esponja del Mediterráneo o sentado en una sala vacía de conciertos afinando mi violoncello o acodado en la barra de una sucia taberna soportando las quejas del último parroquiano. Pero también podría ser otro cualquiera: un tipo al que le gusta viajar en invierno a bordo de un buque pesquero o un boxeador que añora sus glorias pasadas contemplando las fotografías que tapizan su desván o el condenado que siente en el cuello la aspereza de la soga que pende de la rama más robusta de un árbol.

Mi cabeza es una maraña confusa de imágenes que van y vienen en contra de mi voluntad. En vano trato de concentrarme en una sola, todas se precipitan de forma simultánea, sobreponiéndose una encima de la otra a una velocidad tal que no alcanzo a distinguir cuál corresponde a cuál. Ya no sé si al tipo que le gusta viajar en invierno es un viejo boxeador olvidado por todos o quien se está bañando ha soñado que están a punto de ahorcarlo o si el ebrio que balbucea acodado en la barra es el mismo hombre que practica el violoncello debajo de mi desván.

Sólo tengo una certeza: hoy no es lunes, porque los lunes como apio y queso, y que yo recuerde, hoy no he probado bocado en todo el día. Alzo los brazos y giro la cabeza, intento eliminar la tensión que últimamente se ha cargado sobre mis hombros. Los párpados me pesan cada

vez más, me dejo ir y permanezco así no sé cuánto tiempo. Las imágenes del boxeador, del parroquiano y del tipo en el baño se van desvaneciendo hasta que en mi mente no hay más que una enorme mancha negra salpicada de puntos luminosos que se dispersan con lentitud.

Un zumbido en el oído izquierdo me despierta. Cuando abro los ojos me sorprende tirado bocarriba en un piso de *parquet*. Un escozor me recorre el cuerpo, traigo la camisa sucia, con restos de barro y de sangre. Temo haber caído en manos enemigas y me palpo con desesperación el cuello, el pecho, los hombros, pero todo está intacto. Me incorporo de golpe y reconozco el sofá-cama, el par de librerías de madera, el antiguo tornamesas: suspiro aliviado. Es la habitación de Braulio, el único amigo que todavía sigue considerándome como tal, pero no se encuentra ahí. Seguramente alguien le ha avisado de mi condición y ha tenido que interrumpir sus negocios para traerme hasta su casa y recostarme en su propia cama, y después salir con sigilo para no despertarme. O tal vez he sido yo el que ha dirigido sus pasos hasta acá confiando en que Braulio no podrá negarse a recibirme, después de que he aceptado firmar con mi nombre los documentos que le han extendido esos hombres, con quienes se cita atrás del teatro, al terminar las funciones. Sea por una cosa o por otra, me encuentro en un lugar seguro, entero y a salvo. Si no fuera por el zumbido que me atosiga, diría que, por lo demás, me siento bastante bien y que mi aprecio por Braulio es aún mayor por permitir alojarme un rato en su hogar.

Miro alrededor buscando el baño, tengo la necesidad de quitarme cuanto antes la camisa que traigo pegada al cuerpo y lavarme la cara. Hallo una puerta al fondo de la habitación, a un lado del estante con fotografías de toreros y los libros que ha escrito el padre de Braulio. Saco uno y lo

hojeo, se trata de un manual de ingeniería con fórmulas matemáticas, esquemas y fotografías de máquinas, ni siquiera me tomo la molestia de volver a acomodarlo, lo dejo en el piso y empujo la puerta. Frente a mí se abría una amplia estancia en penumbras. Estaba prácticamente vacía, excepto por una mesita de noche en el centro y tal vez uno o dos muebles más, pero que me costaba distinguir entre aquellas tinieblas. Sobre la mesita ardía una vela casi a punto de consumirse. Por unos instantes me quedé inmóvil contemplando la débil flama agitándose, como si una corriente de viento se empeñara en extinguirla. Miré en torno mío pero no descubrí ninguna ventana por donde pudiera estar filtrándose el aire, de hecho no había ventanas o tal vez sí las había, pero la cantidad de cuadros que tapizaban todas las paredes de piso a techo impedían reconocer alguna.

Volví al cuarto de Braulio y me senté en el sofá-cama, tal vez con la absurda esperanza de que mi amigo llegara de un momento a otro y, antes de poner en claro nuestros asuntos, tuviera la amabilidad de indicarme el sitio donde podría asearme. Al cabo de un rato se me ocurrió que era muy probable que al final de la estancia en penumbras hubiera un baño. Todas las casas grandes que conozco tienen al menos uno en cada piso, y ya que el cuarto de Braulio no lo tenía, entonces la estancia debería contar con el suyo, así que regresé a ella.

La vela se había consumido y busqué a tientas el interruptor deslizando mi mano sobre la pared más cercana. Lo hallé pronto, debajo de un cuadro. Se trataba de un retrato del padre de Braulio, como pude apreciar una vez la luz encendida. Tenía el gesto adusto, el bigote tupido y la nariz prominente. El aspecto de un hombre común, como cualquiera, como el de cualquier ingeniero que se ha pasado la mayor parte de su vida perforando pozos y explo-

tando canteras; sin embargo, había algo en su actitud que me incomodó. Parecía cansado y molesto, como si hubiera pasado largas horas posando ante un pintor inexperto que duda dos, tres y hasta cuatro veces para atreverse a dar una pincelada. Por un momento me pareció que la mirada encerraba cierta furia, el ceño estaba fruncido y los labios entreabiertos; si no fuera porque mi amigo ha dicho tener al padre más prudente del mundo, bien podría decirse que el hombre del retrato está a punto de abalanzarse sobre el neófito, dispuesto a propinarle un par de puñetazos. También por un instante tuve la impresión de que si seguía contemplando el cuadro me tocaría a mí un golpe, aunque con toda franqueza lo esquivaría hábilmente, tantos años de experiencia en el ring no han sido en vano y sé perfectamente cuándo hay que bajar la cabeza y descontar al contrincante.

Pero no tenía ganas de recordar viejos tiempos, así que le di la espalda al retrato del padre de Braulio y avancé por el centro de la habitación. Llegué a la mesa donde hacía unos momentos ardía la vela, aún se podía percibir el olor de la combustión, bajé la vista y descubrí que sobre el pequeño tapete en que estaba colocada yacía un paraguas con claras señales de haber sido usado unos minutos antes. El agua había formado un pequeño charco. El descubrimiento me sorprendió sobremanera, pues desde algunos meses atrás una sequía assolaba la región, y a pesar de las prácticas de los campesinos para provocar aunque fuera una ligera lluvia, en el cielo no se divisaba más que claridad y unas cuantas nubes inofensivas flotando distraídamente.

Avancé hacia el final de la estancia, pero ahí tampoco se encontraba el baño, lo cual me molestó profundamente. Esto quería decir que debía examinar cuidadosamente

las paredes, levantando o quitando, si era necesario, algunos cuadros para dar con él. Me extrañó que siendo el padre de Braulio tan previsor y sensato no se le hubiera ocurrido colocar el sanitario en un lugar visible, o tal vez era demasiado pudoroso como para ponerlo groseramente en un sitio que no permitiera ningún tipo de privacidad. Dada mi urgencia, no tuve otra opción más que revisar si detrás de los cuadros existía alguna apertura que me indicara una posible puerta. Pero me distraje observando los diplomas y reconocimientos otorgados al padre de Braulio. Era un hombre sobresaliente, no había duda, lo constataba también la infinidad de fotografías en donde aparecía abrazando a sus peones, sentado a la mesa de un banquete con altos funcionarios, secándose el sudor de la frente mientras sostenía una pala al pie de una carretera en el desierto. Para mi infortunio me topé con varios retratos suyos con la misma actitud que el primero, pero de la puerta nada.

El zumbido en mi oreja se hizo más intenso, la cubrí con una mano y oprimí con fuerza, intentando conseguir un poco de alivio, pero fue en vano. De golpe sentí una terrible angustia. No me había puesto a pensar que mi presencia ahí podría despertar sospechas entre los demás habitantes de la casa. No sabría dar una explicación si, por ejemplo, la vieja nana de Braulio o incluso su propio padre se aparecieran por ahí y me llenaran de preguntas difíciles de contestar. Supongo que estarán acostumbrados a la gente extraña que debe traer su hijo cuando no lo estoy acompañando; pero seguramente se preguntarían qué hace un tipo como yo en medio de aquella estancia sin aviso alguno. Mi mayor temor era que me confundieran con un ladrón o peor aún, con uno de los hombres con los que mi amigo se reúne cada tanto atrás del viejo teatro.

Decidí entonces desandar mis pasos y regresar a esperar a Braulio en su habitación, quitarme la camisa sucia y usar una de él entre tanto; pero cuando me disponía a hacerlo, descubrí, en un rincón de la estancia, un escritorio que antes no había visto. Se encontraba en la esquina derecha, a unos metros del interruptor. A un lado, casi imperceptiblemente, se podía observar una abertura en la pared y un picaporte minúsculo que se confundía con los bustos de hierro y otros adornos que coronaban el escritorio. Era la puerta que estaba buscando. Me disgusté conmigo mismo por la falta de atención y la pérdida de un tiempo precioso que pude haber aprovechado para asearme en vez de estar contemplando la imagen del padre de Braulio en retratos y fotografías muy bien enmarcados por cierto. Hice a un lado el escritorio, y los libros apilados se vinieron abajo. El sonido de la caída me provocó un intenso dolor en el oído, me enfurecí y pateé los ejemplares dispersos por el piso. Luego me arrepentí y los volví a acomodar en su sitio. Uno tenía por título *Atlas de constructores eruditos*, y otro *Instrucciones para domesticar a Rúnika*. Otra vez estaba perdiendo el tiempo, así que sujeté con fuerza el picaporte y lo giré con brusquedad.

Ni siquiera puedo describir la decepción que me causó darme cuenta de que no era lo que buscaba. La habitación que se presentaba ante mis ojos estaba excesivamente iluminada, varias hileras de lámparas, como las que se usan en los museos para alumbrar las piezas de arte, estaban alineadas paralelamente a pocos centímetros una de la otra, a todo lo largo del techo. Salvo un par de pequeñas cajas de cartón, colocadas en el piso de *parquet*, en cuya etiqueta estaban escritas las palabras *Esto ni se lee ni se entiende*, no había nada más.

Entonces comprendí que había cometido un gravísimo error al tratar de aventurarme por aquellos cuartos en bús-

queda del baño. De hecho en todo el tiempo que llevo de conocer a Braulio, él nunca había tenido la gentileza de mostrarme su casa como para saber dónde estaba la sala, el estudio, la cocina y naturalmente los baños. Siempre llegábamos de noche, a toda prisa, cruzábamos rápidamente el jardín, entrábamos al vestíbulo y de ahí, directo, subíamos las escaleras hasta el segundo piso donde se hallaba su cuarto. Una vez a salvo y normalizada la respiración nos dejábamos caer en el sofá-cama, luego él se paraba y ponía un disco, y nos dedicábamos a repasar los incidentes de la jornada, a reírnos de la forma en que habíamos evadido a los hombres que lo seguían a todas partes con exigencias, con amenazas, incluso. Pero de golpe se le ensombrecía el rostro y decía:

—No debemos bajar la guardia, quién sabe de qué serán capaces.

Al cabo de un rato, el cansancio nos sumía en un profundo sueño. Más tarde, salíamos sigilosamente de la casa por la misma ruta que habíamos seguido la noche anterior. Salvo el cuarto de Braulio, las escaleras, el vestíbulo y el jardín, yo no conocía nada más. Por eso, al encontrarme en la estancia profusamente iluminada, no pude dejar de sentirme abatido. Acaso los hombres de los que mi amigo huía constantemente le habían tendido una trampa, descubriendo el lugar de su escondite y llevándome inconsciente hasta este lugar, del cual, sabían, me sería muy difícil escapar. Entonces, esperarían a que Braulio me buscara, pidiéndome ayuda, y al no localizarme regresar de inmediato al sitio donde supondría que yo me había refugiado, y así sorprenderlo en la entrada. Sin embargo, tampoco deseché la posibilidad de que mis propios enemigos hubieran sido los responsables de ponerme en esta situación, muchos de ellos ya habían pretendido atrapar me de las maneras más insólitas, inútilmente.

Pero en ese momento no quería pensar en ello, ya habría tiempo de ajustar cuentas cuando pusiera un pie fuera de esta casa. Volví hacia la puerta que daba al cuarto en penumbras, decidido a regresar al de Braulio y echarme a dormir hasta que él llegara, y entonces, si esto era todavía posible, planear un contraataque. Cogí el picaporte, pero descubrí que estaba atorado. Todavía me quedé unos instantes mirándolo, incrédulo, con la mano puesta en él, sin dar crédito a lo que estaba pasando. Sacudí con violencia el picaporte, pero éste no se movió ni un ápice. De golpe fui presa de la desesperación, me arrojé contra la puerta repetidas veces, pero ni una sola vez pude lograr siquiera que emitiera un crujido.

Estaba perdido, me convencí de que los enemigos de Braulio o los míos habían logrado por fin lo que tanto habían estado deseando, tenerme entre sus manos. Me senté en el piso, desconsolado, pensando en todas las cosas que hubiera podido hacer en mi vida, muy lejos de este juego absurdo de huidas, de negocios poco rentables, de viajes incómodos a bordo de buques pesqueros, sintiendo en la cara el viento helado y escuchando a lo lejos el griterío de los marinos celebrando quién sabe qué. Lógicamente ya era muy tarde para rectificar, y encima tenía que soportar el maldito zumbido que no dejaba de atosigarme, como si también él estuviera confabulado para hacerme padecer. Me llevé las manos a las sienes y me dispuse a esperar, resignado por primera vez a mi suerte. Pero el destino a veces tiene maneras extravagantes de terminar su trabajo. Escuché pasos que se aproximaban, eran pequeñitos, suaves, como los de un niño, levanté la vista y observé cómo giraba el picaporte; entonces apareció una mujer menuda, de expresión afable. Traía en la mano un sacacorchos, y sus labios estaban pintados de un rojo intenso. Mi presencia en la es-

tancia no pareció sorprenderle, al contrario, noté que suspiraba aliviada, como si hubiera estado buscándome desde hace rato y se alegrara de verme.

—Buenas noches —dijo con timidez—, ¿es usted el nuevo pintor?

De momento no supe qué contestar. No existía ninguna razón que justificara mi presencia en ese sitio. Por lo tanto, si le respondía que no, que yo no era ningún pintor ni cosa parecida, la mujer se alarmaría y daría por sentado que se encontraba frente a un completo desconocido. Preferí tomar las cosas con calma y prudencia, para que llegado el momento pudiera seguirla hasta la entrada de la casa y echarme a correr lo más rápido que mis piernas lo permitieran.

La mujer me examinó de pies a cabeza por encima de sus gafas. Sus ojillos parecían moverse con vivacidad, como si no quisiera perderse ni un solo detalle de mi aspecto. Levantó el mentón en dirección a la calvicie incipiente de mi cráneo, deslizó la mirada por mi rostro lleno de cicatrices (mis trofeos en el ring), mis labios enjutos, los hombros amplios. Luego examinó con curiosidad las manchas de sangre de mi camisa, que a esas horas se había convertido en un trapo sucio y maloliente, y finalmente clavó su mirada en mis gastados zapatos de charol, sobre todo en el derecho, al que le faltaba la agujeta. Suspiró de nuevo, larga y sonoramente, como si de repente le quitaran un enorme peso de encima y dijo más relajada:

—Ya entiendo, es usted el viejo pintor, vaya, hubiéramos comenzado por ahí —y sonrió.

No recuerdo exactamente qué le respondí, pero seguramente fue algo que le infundió confianza, porque a partir de ese momento no dejó de hablar sobre lo buenos que habían sido con ella el señor y el joven Braulio durante todos estos años a su servicio. Comprendí que se trataba de

la vieja nana de mi amigo y que ya podía sentirme más tranquilo, pues por el momento estaba lejos de los sujetos que deseaban mi mal. Le pregunté entonces si tendría la amabilidad de indicarme dónde estaba el sanitario, pues llevaba muchas horas trabajando y el cuerpo tenía que... Pero ella parecía no escucharme, o si lo hacía acaso pensó que mi urgencia era un asunto de poca importancia, muy por debajo de la que debía tener hablar, por ejemplo, de mi supuesta labor como pintor.

—No entiendo mucho de pintura, ¿sabe?, pero no hace falta ser esbelto y agraciado para saber que la pintura actual carece del sentido natural que le daban los antiguos artistas a sus obras. Cualquiera puede hacer un retrato bueno, incluso muy bueno, diría yo, inefable, pero de eso a decir que es indescriptible, creo que no. Yo prefiero las naturalezas muertas, los bodegones, algo que me inspire cuando estoy cocinando. ¿Usted cocina?

—Supongo que no —le contesté estupefacto. Ahora no sólo tenía dos problemas que resolver: asearme y regresar con bien a la habitación de Braulio, sino lidiar con su nana que indudablemente había perdido la razón. Decidí seguirle el juego, después de todo, no tenía mucho para dónde hacerme, si no ganaba nada tampoco perdía. Estaba en el punto medio de la nada, por lo tanto, cualquier cosa que sucediera tendría que encaminarse a mi favor.

—Las pinturas de bodegones pueden ser muy útiles si se les mira bien. Tienen todos los elementos para hacer buen caldo. ¿A usted le gustan los caldos? De niña mi madre decía que no hay nada mejor que un buen potaje para curar todas las dolencias, y vaya que tenía razón. Antes de que la viruela entrara a nuestra casa, ninguno de mis hermanos ni mis padres se enfermó de nada en absoluto. Todos

éramos total y puntualmente sanos. Pero después de la epidemia todo cambió. De cualquier modo mi madre siguió preparando sus caldos, aunque en menor cantidad, se entiende, lo suficiente nada más para ella y yo. Y dígame, ¿le falta mucho para terminar con su trabajo?

—No mucho —le dije con una serenidad falsa, esperando que ella me diera pie en la conversación para no cometer un error que me delatara.

—Eso espero —dijo—. A mis años no es fácil subir y bajar escaleras a todas horas, trayendo lo que un artista requiere. El señor me ha recomendado que esté al pendiente, que les pregunte si desean el té con leche o sólo con miel, a veces tengo que prepararles algo más, o que les traiga pinceles, una navaja o una pipa. Todo sería más sencillo si se pusieran de acuerdo de una sola vez y me pidieran las cosas al mismo tiempo. También se da el caso de que tras recorrer de cabo a rabo la casa entera consiguiéndoles lo que quieren, llego hasta aquí, se los pongo en las manos y me dicen que ya no lo necesitan, y me piden otra cosa. Ahora mismo, por ejemplo, traigo el sacacorchos, me he pasado un buen rato buscándolo en la cocina, y cuando al fin lo hallo me doy cuenta de que usted no tiene ninguna botella, y supongo que ya tampoco lo necesita. ¿Me equivoco? —dijo con reproche.

Me sentí incómodo, no sabía qué decir para detener una conversación que evidentemente no me llevaba a ninguna parte y menos a la que desde hacía rato tenía urgencia por estar. Noté un gesto de desconfianza en su rostro, frunció el ceño y me miró directamente a los ojos. Bajé la mirada, esforzándome por encontrar una respuesta que la satisficiera, finalmente le dije:

—Mi querida señora, lamento decirle que sus palabras me ofenden. A cualquier artista que se precie de serlo

siempre le vendrá bien un sacacorchos, son muy útiles, y mal haría en despreciarle el que ha traído hasta acá. Antes de que usted llegara estaba pensando precisamente en uno de ellos, uno que fuera práctico, que no despedace el corcho al extraerlo, de preferencia uno reluciente, y si es nuevo, mejor.

—Ajá —dijo con una actitud más relajada—, en cuanto lo vi caí en la cuenta de que no me había equivocado. Usted no es como los otros viejos pintores, qué va, con todas esas exigencias y caprichos. Luego, tras lanzarme una mirada de simpatía, me confió los pormenores de la conducta de los otros artistas que habían ido a casa de Braulio a realizarle los retratos a su padre, el griterío, las fiestas, los portazos a medianoche—. Gente decrépita, sobre todo eso —dijo meneando la cabeza con reprobación—. Me da gusto que usted no sea uno de ellos, eso se ve de inmediato. Dígame, además del sacacorchos, ¿qué más puedo hacer por usted?

Aproveché el momento y le pregunté si podría conducirme de nuevo a la habitación de Braulio, había tenido una jornada muy larga y me gustaría descansar un rato mientras él volvía antes de continuar con el cuadro que estaba pintando.

De pronto se puso seria y dijo con incredulidad:

—¿Está usted seguro? Con franqueza no creo que el joven regrese rápido. Ha llamado por teléfono hace unas horas y ha dicho que un negocio urgente lo mantendrá fuera de la ciudad por una temporada. Parecía nervioso, pero yo procuro estar lejos de sus estados de ánimo, ¡son tan volubles!

Al escucharla, siento que el piso se resquebraja y que se abre un hoyo profundo en el cual estoy a punto de caer. El zumbido se hace cada vez más fuerte, las piernas no me responden y si no me aferro a algo acabaré por derrumbar-

me. Por mi cabeza cruzan pensamientos angustiosos, seguramente han atrapado a Braulio, y sus captores le han permitido hacer una llamada para no despertar sospechas entre su familia, o tal vez uno de los bandidos se ha hecho pasar por mi amigo y ha llamado a su casa para que no lo esperen a cenar, o peor aún, la nana sabe exactamente lo que le ha ocurrido a Braulio, pero no quiere decírmelo para que no me preocupe y deje a medias la ejecución del cuadro que supuestamente estoy haciendo. Todos los pensamientos se me agolpan, casi los escucho chocar unos contra otros en un estrépito que no seré capaz de soportar por mucho tiempo, siento que me falta el aire y cuando me doy por perdido, la oigo decir, como si sus palabras vinieran de muy lejos:

—De cualquier manera habrá que esperar. Como ya le he dicho, el joven es muy voluble, su padre lo ha consentido en todos sus caprichos, y no me extrañaría verlo por aquí en dieciséis o diecisiete minutos, preguntándome si le he preparado el asado que tanto le gusta. ¿Supongo que se quedará usted a cenar? —dice más bien en un tono imperativo que como una invitación—. No tiene buen semblante, debería cuidarse más —me regaña al observar mis esfuerzos por mantenerme en pie—. Los artistas deberían poner más atención a su salud, no hay trabajo más ingrato e insalubre que el de ustedes. Con razón dicen que los pintores y los dentistas no viven mucho. Espere aquí —dijo y salió rápidamente de la habitación, con pasos menudos y firmes.

Me senté de nuevo en el piso intentando poner en orden mis pensamientos a fin de encontrar una solución posible a mi encierro y la manera de persuadir a la nana para que me indicara la salida. Estaba convencido de que nada de lo que yo emprendiera podría librarme del aprieto en que estaba metido y que sólo con ayuda externa podría

verme libre de aquella prisión a la cual no sabía cómo había llegado o por qué.

La luz de los reflectores comenzó a agobiarme, de mi frente escurrían gruesas gotas de sudor y el zumbido al interior de mi oído se hizo más intenso. Me llevé otra vez la mano a la oreja y la apreté todo lo que pude, luego hice lo mismo con la otra hasta que tuve la sensación de haberme quedado sordo. Una sensación de irrealidad me invadió por completo, y me puse a pensar con amargura lo que sería de mi vida si encima de los problemas que me agobiaban ahora tendría que lidiar con una sordera repentina, sentí lástima por mí mismo y deseé con todas mis fuerzas encontrarme en mi propio baño, metido en la tina con agua caliente, frotándome los codos con la esponja que traje de mis viajes por el Mediterráneo.

Entonces se me ocurrió una idea consoladora, si yo estaba escuchando lo que pensaba, como en efecto lo estaba haciendo, quería decir que no me había vuelto sordo, al menos no por completo. Todavía me quedaban los pensamientos, y éstos los podía seguir oyendo todo el tiempo que quisiera, incluso podría esforzarme y subir el volumen de mis palabras o bajarlo, según mi voluntad, y creer que era la boca quien las pronunciaba y no mi cabeza. Me felicité por ese descubrimiento, y me dispuse a esperar a la nana, ya más tranquilo e incluso contento, olvidándome por un rato de mi futuro incierto.

El comedor era mucho más grande del que había imaginado. La mesa redonda de caoba tenía sitio para al menos veinticinco personas. Al centro había un florero con gladiolas y hojas de parra. Las paredes estaban tapizadas con un papel de motivos florales, y al fondo, en una vitrina, se podían apreciar pequeños portarretratos con la imagen del padre de Braulio y del mismo Braulio de visita en la oficina

de su padre y en los terrenos pedregosos donde trabajaba. La nana me había señalado con el índice un lugar en la mesa, próximo a los ventanales, y me había dejado solo, desapareciendo por una puertecita que supuse comunicaba con la cocina. Todo destacaba con un lujo apabullante. Las cortinas y los tapetes parecían nuevos; la cristalería cuidadosamente guardada en un mueble de madera lacada brillaba a la luz de las arañas que colgaban peligrosamente muy cerca de las cabezas de los comensales; la silla misma en que estaba sentado era de cuero marrón con remaches en los brazos, y frente a mí se erigía un gigantesco espejo enmarcado en plata.

Por un instante me sentí fuera de lugar al encontrarme rodeado de una decoración que contrastaba por completo con las tabernas y los pisos que estoy acostumbrado a frecuentar. Al ver mi imagen reflejada en el espejo, recordé las veces que fui a terminar la noche en el negocio de Phillipe, un policía retirado con quien hice amistad desde el primer día. Él también tenía un espejo, aunque no tan grande como éste ni mucho menos lujoso, tras la barra, y mientras conversábamos, de frente a él, podíamos atestiguar cómo nuestros gestos y la postura de nuestros cuerpos reflejados pasaban de la sobriedad a la embriaguez más absoluta. También desde nuestros asientos podíamos contemplar la entrada y salida de los parroquianos sin tener que girarnos una sola vez. Desde ahí, Phillipe le hacía señas a su empleado, un adolescente enflaquecido y dócil, para que rellenara los tarros de cerveza, limpiara los ceniceros, extrajera las carteras de las chaquetas o para que arrojara a la calle a los violentos o insolventes.

Después de unas horas, Phillipe se cansaba o estaba demasiado ebrio para soportar necedades y se retiraba a la trastienda, entonces yo me quedaba hasta que cerraban el

local casi siempre en compañía de un tipo lanzando casi la misma cantidad de insultos y disparates que yo. Me gustaba mucho esa taberna porque aunque constituía el centro de reunión de los contrabandistas y falsificadores que trabajan en el medio donde me desenvuelvo, y con quienes en alguna ocasión he cerrado ciertos tratos, ni una sola vez tuve la desventura de encontrarme con los hombres que acosaban a Braulio. Tal vez alguien les había dicho que yo frecuentaba ese negocio y deseaban mantener una sensata distancia, conociéndome de oídas, prefiriendo separar los negocios que hacían con Braulio y los que yo hacía con mi amigo. Sin embargo, mi presencia en la casa de éste y el hecho de que él no apareciera me hacían sospechar que esa distancia se había acortado demasiado, y que los escrúpulos de aquellos hombres hacía mucho que habían dejado de pesarles.

De pronto y casi sin advertirlo apareció el padre de Braulio. Tenía el mismo gesto adusto que el de sus retratos, aunque se notaba de buen humor. Jaló una silla y se dejó caer pesadamente, como si en ese preciso momento acabara de concluir su extenuante trabajo. Al igual que la nana un rato antes, a él tampoco le sorprendió encontrarme en su casa, como si fuera lo más normal tener a extraños como invitados a cenar. Al principio me miró con indiferencia, casi podría decir con desprecio, se aclaró la garganta y dijo con aspereza:

—¿Qué clase de dentista es usted?

La pregunta me tomó por sorpresa. Se suponía que la nana me había conducido al comedor en calidad del artista empeñado en plasmar el temple de su patrón, y si éste no lo sabía, quería decir que ella no le había comunicado nada; por lo tanto, más me valía pensar algo rápido si no deseaba que llamaran a la policía, y vaya a saber qué papelón estaría haciendo en el interrogatorio. Sin duda, lo urgente era salir

de aquella casa, pero no así, no de esa manera infamante, estropeando mi reputación, sobre todo, entre la clientela de Phillipe. Por otra parte, me alegré sobremanera al descubrir que no me había quedado sordo, había escuchado claramente la voz del padre de Braulio, un poco ronca, pero firme, con un dejo de curiosidad y de razonable apremio, una voz sana, me dije.

—No me agradan los dentistas que sólo se dedican a los dientes frontales y a los caninos —continuó sin esperar mi respuesta—, no es ético. He visto a muchos de mis colegas padecer porque sus médicos no prestan atención a lo más importante de la dentadura humana: los molares. Dígame, qué sería de nosotros si no pudiéramos masticar como Dios manda un buen filete o un trozo de gruyere, tendríamos que tragar el pedazo entero, y eso, mi amigo, no es bueno para nadie, menos para quienes nos dedicamos a la construcción.

—Tiene usted razón —dije, y el sonido de mi voz me infundió aún más confianza al saber que no tendría que limitarme a escuchar por una temporada sólo el dictado de mis pensamientos—. Hay que tener mucho cuidado con los dientes, uno nunca sabe cuándo tendrá que utilizarlos, incluso para defenderse si es preciso. Apenas pronuncié estas palabras me arrepentí en el acto, me estaba delatando, lo dicho no se relacionaba con el tema de la conversación y sí con mi condición de refugiado en su casa, de prisionero, incluso. Traté de rectificar, volviendo a la ruta inicial. El padre de Braulio me miraba con creciente interés.

—Conozco el tipo de dentistas a los que usted se refiere —dije. No creo que sean buena gente, nadie descuidaría tan irresponsablemente esa valiosa parte del rostro. Ahora bien, si los números no me fallan, puedo asegurarle que la cantidad de muelas que cualquier persona tiene es la mis-

ma cantidad que posee de dientes frontales, así que no hay razón que valga para despreciarlos. Estaríamos hablando de un asunto de natural justicia, pero los dentistas de ahora sólo se preocupan por que los pacientes muestren unos incisivos perfectos y relucientes, aunque las muelas se estén cayendo a pedazos.

El padre de Braulio esbozó una amplia sonrisa y exclamó:

—¡Vaya, hasta que encuentro un dentista decente! ¿Dónde dice que tiene su consultorio?

—No tengo ningún consultorio —contesté confundido.

—Entonces da consultas a domicilio. Vaya, qué interesante, ya casi nadie lo hace. No debe ser muy redituable recorrer largas distancias para descubrir que sólo hay que componer un miserable diente picado.

—Tampoco soy dentista.

—De acuerdo —dijo, asintiendo con la cabeza—. Esas cosas no se pueden andar gritando a los cuatro vientos sin tener consecuencias. ¿Le parece bien si le llamo Dr. Bernat? Su cara me recuerda mucho a un colega mío que estudió los primeros años de Medicina, Berni, le decimos, pero abandonó la carrera al darse cuenta de que la perforación de pozos y la explotación de canteras proporciona una alegría mucho más grande que lidiar con enfermos quejándose todo el tiempo, a veces sin razón, porque vaya usted a saber cuántos de ellos sólo estarán fingiendo para obtener un poco de atención, malgastando horas y horas de trabajo-hombre en naderías.

Entonces se escuchó el crujido de la puerta y entró la nana empujando un cochecito con la cena. Nos sirvió dos escasos tazones de sopa gelatinosa con calamares y rodajas de tomate, y una bandeja con lonchas de jamón, filetes de anchoas y aceitunas. Alzó una botella de licor a la altura de sus ojos, la inspeccionó a contraluz, luego sonrió satisfecha

y la destapó con una agilidad sorprendente. Vertió un poco en nuestros vasos y dijo:

—Siempre es bueno tener whisky a la mano, he sabido de casos donde la gente se apresura a engullir aceitunas, y éstas se atorán entre la parte baja y la parte alta de la garganta, lo cual es muy riesgoso si uno no quiere morir de asfixia. De lo contrario, éste es un buen método si se han probado otros procedimientos y ninguno ha dado resultado, es mejor que una sogá o una almohada para obispos.

El padre de Braulio asintió con la cabeza, alzó su vaso y le dio un breve sorbo, luego clavó su mirada en la mía y dijo divertido:

—Estoy completamente de acuerdo, las aceitunas son un alimento peligroso si no sabe uno comerlas. Es indispensable masticar despacio, con todos y cada uno de los molares, primero con los que están junto a los caninos, luego con los intermedios y al final con los que se encuentran hasta el fondo, y si se puede con las muelas del juicio. Parece una técnica complicada, pero si la ejecuta todos los días acabará por acostumbrarse —aseguró y se llevó una a los labios, para mostrarme cómo debía hacerse. Abrió la boca por completo y comenzó a masticar con una lentitud asombrosa, abriendo y cerrando las mandíbulas con tanta dificultad como si tuviera pegamento en la boca y le costara un enorme esfuerzo despegar los dientes de esa masa chiclosa.

—Así —dijo chasqueando la lengua.

—Sí, así debe ser —lo secundó la nana.

—Adelante, doctor Bernat, no sea tímido.

—No tenemos por qué juzgarlo, faltaba más. Si yo pudiera, lo haría de igual manera, pero no puedo —dijo la nana y me mostró la dentadura más deplorable que yo haya visto, raquítica y ennegrecida.

El padre de Braulio soltó una carcajada tan explosiva que mi rostro se llenó de diminutos pedazos de aceituna. Jalé la manga de mi camisa y me limpié con apuro.

—Está bien de lecciones por el momento, pero no diga que no ha sido advertido.

Bajé la vista, avergonzado, y le di un sorbo a mi vaso. La nana fue a la cocina y volvió con un par de servilletas de tela. Con brusquedad puso una alrededor del cuello del padre de Braulio y después se acercó a mí. Levanté la cabeza para decirle que yo no la necesitaba, pero mi anfitrión me atajó.

—Déjela, ella sabe lo que hace. ¿No querrá que su camisa se estropee aún más, no es cierto? —dijo, mientras estudiaba con interés las manchas de sangre sobre mi ropa.

Tuve la sensación de que en cualquier momento me preguntaría sobre la procedencia de éstas, comencé a temblar, un escalofrío se deslizó por mi espalda, y me quedé callado. Yo tampoco tenía ninguna explicación para ellas, lo único que sabía es que estaban ahí, y que no había ninguna herida en mi cuerpo que las justificara. Por otra parte, el padre de Braulio tenía razón, mi camisa estaba ya hecha una porquería. No sabría decir cuánto tiempo había pasado desde que desperté en la habitación de mi amigo con la ropa pegada al cuerpo, comenzaba a oler muy mal y me sentí incómodo. Después de todo, pensé, la camisa había sido la culpable de que yo acabara sentado en aquella mesa. De golpe me sentí abatido, impotente, ya no sabía de quién debía cuidarme, si de los desvaríos del padre de Braulio y de la nana o de la persecución a la que estaba sometido por parte de mis enemigos. Era obvio que a pesar de la situación en la que me encontraba, en ese momento hubiera dado lo que fuera por andar recorriendo las calles solitarias que frecuento o me-

terme a la taberna de Phillipe o intercediendo ante terceros para que los acosadores de mi amigo le dieran una tregua.

Por fortuna, el resto de la cena transcurrió en silencio. De vez en cuando el padre de Braulio me lanzaba miradas de reprobación, como si yo lo hubiera decepcionado al no seguir sus instrucciones para comer de la misma forma que él. Yo apenas probé bocado, estaba demasiado preocupado como para llevarme a la boca las aceitunas y masticarlas con tal precisión y lentitud como lo hacía mi anfitrión. Una vez que el padre de Braulio terminó su comida, se arrancó la servilleta del cuello y se aflojó el cinturón, como si le hubiera dado batalla a un formidable banquete.

Todavía estuvimos conversando un rato sobre cuestiones que he olvidado por completo, seguramente relacionadas con su actividad en las canteras y en los pozos, y todos esos asuntos fatigosos de los que tanto les gusta hablar a los ingenieros. Poco a poco el calor de la estancia comenzó a introducirnos en un estado de sopor cada vez mayor y agobiante. Mi anfitrión cabeceaba y de su boca salían palabras inentendibles a causa de la somnolencia en que fue cayendo. Al poco lo vi cruzarse de brazos y quedarse profundamente dormido en la silla. Yo también me sentía agotado, pero me dije que si no aprovechaba el momento para levantarme y buscar la salida de esa casa, ahora que ninguno de sus habitantes podía impedírmelo, estaría condenado a quedarme supeditado a sus caprichos.

Me puse de pie, dejé la servilleta cuidadosamente doblada junto a los platos y rodeé la mesa para asegurarme de que el sueño de mi anfitrión no se viera interrumpido con mis movimientos. Fue entonces cuando me di cuenta de que la botella de whisky estaba prácticamente llena, la nana sólo nos había servido lo suficiente para un trago. Tuve

la mala ocurrencia de volver a mi asiento y acabar con ella. Bebí hasta que la embriaguez me hizo imposible ponerme en pie, lo último que vi fue la cara de la nana pegada a la mía, sonriendo, satisfecha.

—Hace bien, querido amigo, no es correcto comer aceitunas sin tener whisky en la garganta. No es bueno para la salud —le alcancé a oír y me quedé dormido.

Cuando desperté me hallaba de nuevo en la habitación de Braulio. Traía puesto un camisón de franela con cuello de encaje y un gorro tejido color crema. Estaba acostado en el sofá-cama, y alguien había tenido la amabilidad de acomodar un par de almohadas bajo mi cabeza y arroparme con una manta gruesa. Me descubrí en extremo feliz, mi cuerpo ya no sufría ese escozor que lo había estado royendo desde hacía rato, incluso percibí, complacido, un delicado olor a jazmín flotando sobre mi piel. Quise creer que, aprovechando un descuido de sus acosadores, Braulio había logrado llegar hasta su casa y encontrarme durmiendo en el comedor. Entonces me habría llevado nuevamente a su cuarto, me habría desvestido, ungido mi cuerpo, con delicadeza, como hacen los verdaderos amigos, para que ningún rastro de sangre seca pudiera incomodarme.

En estos momentos tal vez estaría conversando con su padre sobre aquellos asuntos inconfesables y que lo ponían en una posición de extremo riesgo. El viejo lo habría escuchado con enfado, con decepción, y finalmente con indulgencia, al enterarse de que la vida de su hijo peligraba. Acaso estarían planeando alguna estratagema, anticipándose a los movimientos enemigos, a posibles emboscadas, tramando un par de coartadas en caso de que a la policía le diera por entrometerse en asuntos que, sabía bien, eran exclusivos de las bandas locales y que la solución, fuera cual

fuera, tendría que restringirse únicamente dentro del pequeño y personal círculo de esos bajos mundos.

Por mi parte, preferí esperar. Me acomodé las almohadas y me acurruqué bajo la manta, de cara a la pared. La suavidad de la pijama y el olor a jazmín me relajaron por completo, acaso con la misma placidez que experimenta mi cuerpo al escuchar la música del violoncello, cuyas notas reverberan en las paredes de mi breve desván.

Estaba tan de buen humor que de no saber con certeza el lío gordo en que estaba metido hubiera deseado quedarme ahí para siempre. Paulatinamente el cansancio se dejó caer sobre mis párpados, en vano traté de luchar contra el sueño que se erigía sobre mí como una enorme ola, pero sabía que debía mantenerme alerta. Caí, entonces, en una especie de duermevela.

Al cabo de un rato, escuché pasos en la habitación, me volví amodorrado esperando ver a mi amigo, pero sólo percibí una sombra escurridiza dejando tras de sí la puerta abierta. Me levanté de un salto y me asomé, pero no había nadie en el pasillo. Dudé sobre lo que debía hacer, mientras tanto, levanté la vista y descubrí una hoja de papel clavada en el pizarrón de corcho a un lado de los libreros. El mensaje exhibía una letra manuscrita finamente trazada, como si hubiera sido escrito por una mano femenina, y decía: "Se acabó el juego, han agarrado a Naím, alcánzame en la estación, nos largaremos a la costa, el autobús parte a las 19:40."

Me quedé perplejo, releí el mensaje una y otra vez. No podía creer que finalmente los acosadores hubieran descubierto a nuestro informante, y que de nuevo debíamos emprender el penoso trayecto en barco, soportando una tripulación recelosa ante la posibilidad de que pudiéramos entorpecer sus propios negocios. Pero el capitán era amigo nuestro y mantenía a su gente a raya cada vez que inten-

taban sorprendernos con cuchillo en mano al salir del camarote o mientras luchábamos contra la náusea en el pretil de la borda. Arranqué la hoja del pizarrón y cayó al piso un boleto. En efecto, la salida del autobús hacia la costa oeste saldría a las 19:40 en punto. Miré angustiado el reloj y descubrí horrorizado que me quedaba solamente una hora para llegar a la estación. Me desvestí, saqué del armario unas botas, una chaqueta y un pantalón de Braulio, y me los enfundé lo más rápido que pude. Por fortuna, la puerta estaba abierta, así que sólo era cuestión de enfilarme por el pasillo, dejarme llevar por la intuición y alcanzar la salida. Una vez afuera tomaría un taxi, pero de cualquier modo era muy poco tiempo, así que tendría que avanzar por aquella casona con pasos seguros y firmes, sin dejar que las experiencias anteriores ocuparan mi pensamiento.

Salté al pasillo, de ambos lados se sucedía un sinnúmero de puertas, todas cerradas, la iluminación era escasa y debía andar con cuidado para no tropezar con algún objeto olvidado en el piso. La angustia me atizaba, pero me hice el propósito de no pensar en nada más que avanzar hacia el final del pasillo donde seguramente estaría la escalera; ya de ahí sería más fácil hallar la puerta principal que daba al jardín. Sin embargo, cuando concluí el trayecto advertí con estupor que no la había, desandé mis pasos y corrí hacia el otro extremo, pero tampoco estaba ahí. Me dejé resbalar sobre la pared acongojado por completo, me llevé las manos a la cara, no había manera de salir de aquel laberinto en tan poco tiempo, y era mejor comenzar a resignarme ante la suerte que me esperaba.

Sentado en el piso abracé mis rodillas y hundí la cabeza entre ellas, de pronto se escuchó que giraban una llave en la cerradura y una puerta se entornó suavemente. Recordé entonces a la nana y se me ocurrió que tal vez ella, compa-

deciéndose de mi infortunio, me ayudaba de una manera que no pudiera comprometerla. Me levanté y empujé la puerta, para descubrir que se trataba de un armario, había cajas de cartón apiladas, botes de pintura, pinceles inservibles e incontables paraguas de todos tamaños. Mi sorpresa no podía ser mayor. De una patada cerré la puerta y preso de un pánico que empezaba a invadirme dolorosamente volví al pasillo dispuesto a abrir cada una de esas malditas puertas hasta dar con la que me condujera a la escalera. Corrí en zigzag tratando de girar los picaportes, pero ninguno cedía, excepto, para mi alivio, el de la última puerta, al norte de la casa.

Me adentré por una estancia vacía sin ventanas, con las paredes cubiertas por un desgastado tapiz que representaba antiguas escenas de tauromaquia. Por fortuna, en el rincón más lejano había otra puerta que abrí con facilidad, pero para mi decepción accedía a otra habitación también igualmente vacía que la anterior, con las mismas escenas de tauromaquia. Me sobrevino una sensación de irrealidad, el antiguo zumbido se presentó de nuevo, las piernas me temblaban; entonces me dije estaba dispuesto a cruzar absolutamente todas las puertas del mundo, y las del infierno si era necesario, con tal de alcanzar la salida. Tomé impulso y me eché a correr a través de la habitación para entrar y salir de otra y otra y otra, precipitándome en un torbellino de picaportes, cuartos vacíos y paredes con imágenes goyescas.

No recuerdo cuánto tiempo pasé atravesando las estancias de esa interminable casa, mis sentidos estaban trastornados, incluso tenía la sensación de que cada cuarto que recorría era más largo que el anterior. Pronto caí exhausto. El dolor en el oído era insoportable y me desplomé de rodillas. Estaba aturdido y aterrado. Miré el reloj: faltaban solamente quince minutos para que Braulio abordara el au-

tobús y se largara, dejándome a mi suerte en esa especie de trampa que él llamaba su hogar.

Todo a mi alrededor se volvió borroso, las paredes parecían estremecerse con leves espasmos, un viento helado se deslizó sobre mi cara y al bajar la vista descubrí pequeños charcos de agua dispersos por el piso, como si alguien hubiera hecho mal la limpieza o hubiera caído al interior una llovizna. De repente, se abrió de golpe una puerta, por un instante pensé que el delirio me instaba a continuar mi enloquecida carrera hacia ninguna parte. Lo que vi después me regresó el alma al cuerpo, era la nana que me observaba con curiosidad. Me arrastré hacia ella y le tendí la mano. Al menos si no había conseguido llegar a la terminal de autobuses, tenía el consuelo de encontrar a alguien que pudiera brindarme auxilio. De lo demás ya me encargaría, lo primero era poner un pie fuera de ese infierno.

La nana me condujo delicadamente, como a un enfermo, por una sala desconocida. Mi alegría no pudo ser mayor cuando advertí a mi amigo y a su padre conversando junto a la chimenea. Parecían divertirse mucho, con una mano sostenían una copa de anís y con la otra un puro, como si se tratara de una breve reunión familiar. Entonces tuve el presentimiento de que el lío en que estábamos metidos había dado un vuelco y se había solucionado de una forma inexplicable. El padre de Braulio le pidió a la nana que me trajera una copa y me invitó a sentarme junto a ellos.

Me sorprendió la serenidad de mi amigo, su expresión era relajada, como si la captura de Naím no fuera un asunto de su incumbencia y la apremiante llegada a la terminal de autobuses no fuera en esos momentos más que un mal sueño. Por mi cabeza se revolvían pensamientos confusos, inquietantes, incluso llegué a creer que en realidad nunca había existido la nota clavada en el pizarrón urgiéndome

llegar a la terminal, así como tampoco habían agarrado a Naím y lógicamente no era necesario huir. Mi recorrido alucinante por las habitaciones anteriores acaso era también producto de mi mente perturbada. De cualquier manera esperaba que Braulio me llamara aparte, sin la vigilante mirada de su padre, y me explicara cómo es que yo estaba ahí en su casa. Pero él ni siquiera dejó entrever con un gesto que más tarde aclararía el asunto. Bebía con pausa su copa y estaba más interesado en las anécdotas de su padre que en mi agitación.

La charla giraba en torno a los retratos del padre, a las técnicas utilizadas, a lo fidedigno de los rasgos plasmados con gran maestría y de la idea de habilitar un cuarto para albergar a los artistas que habían logrado tales proezas, como premio a su trabajo que de ahora en adelante consistiría en decorar las paredes de la casa con escenas cotidianas de la vida familiar.

El anís y el ambiente acogedor aliviaron un poco mi angustia. Cuando intuí que era el momento pertinente para despedirme, le pedí a Braulio que me indicara la salida. Nos abrazamos efusivamente y estreché con fuerza la mano de su padre. La nana me condujo hacia la anhelada puerta principal y me dio un beso en la mejilla.

¡Por fin estaba fuera! Caminé por el sendero hacia la reja con total euforia. El aire del jardín me llenaba de una renovada vitalidad, hacía buen clima, y en el cielo las últimas luces del atardecer se desvanecían con una languidez placentera. Para mi buena suerte, el zumbido que me había estado molestando durante todo este tiempo había desaparecido, y mi audición parecía haberse agudizado al punto de distinguir la leve caída de las hojas, el sinuoso andar de las orugas y los trinos de los pájaros ocultos en la fronda de árboles distantes. Me sentía radiante y con ganas

de beber una cerveza en la taberna de Phillipe, acodado en la barra, describiéndole el extraño suceso del que había salido con bien.

Pero a pocos metros de llegar a la reja divisé a mi derecha un par de siluetas apostadas al pie de un árbol. Comencé a inquietarme, pero luego me convencí de que tal vez se trataba de los jardineros o de una pareja de peones que trabajaban en una de las obras del padre de Braulio y venían a cobrar su sueldo.

Cuando estaba a poca distancia de aquellas sombras descubrí aterrorizado que eran los hombres que yo había visto con mi amigo hacer tratos afuera del viejo teatro. El miedo me paralizó por completo. Me tomaron suavemente de los hombros y me condujeron hacia la parte más oscura del jardín. Me dejé hacer, todavía con la vaga esperanza de hablar con ellos a solas, de intercambiar mi libertad por una información que comprometería a Braulio, pero que me libraría a mí de persecuciones futuras. Sin embargo, este pensamiento se diluyó rápidamente al descubrir la soga que colgaba de la rama más robusta de un árbol. Traté de escapar, pero los hombres me sometieron ágilmente y colocaron la cuerda alrededor de mi cuello.

Imploré por mi vida, hice promesas, sollocé, y finalmente, cuando me di cuenta de que nada les haría cambiar de opinión les rogué, como última gracia, que le dieran un plazo a mi amigo para que pudiera liquidar sus deudas pendientes. Ellos intercambiaron miradas de incredulidad y luego estallaron en carcajadas. Cuando se repusieron, el más gordo rodeó el árbol y tomó el otro extremo de la soga esperando una señal de su compañero para jalarla. Éste ajustó el nudo en mi garganta, luego dio un vistazo rápido en torno suyo, como para asegurarse de que nadie podía escucharlo, ni siquiera su compañero, y acercó su rostro al

mío que temblaba convulsivamente y dijo en voz baja con cierto tono compasivo:

—Mire amigo, a nadie le gusta que un extraño se introduzca en una casa ajena, y menos a husmear como usted lo ha hecho. Nosotros no podemos hacer nada, sólo cumplimos con nuestras obligaciones, lo único que sabemos es que hoy el comisario nos ha encargado darle su justo castigo al sujeto que no ha dejado de extorsionar al joven Braulio. Éste nos ha proporcionado los datos para localizarlo e incluso nos ha dado una generosa propina por el trabajo. Así que si usted no tiene inconveniente, haremos lo nuestro.

Entonces, desconsolado, cierro los ojos y aguardo a que el otro sujeto tire de la cuerda. En mi mente surgen las imágenes del boxeador en su humilde desván contemplando sus antiguas fotografías, la del parroquiano balbuciendo maldiciones en la taberna de Phillipe, la del buque pesquero esquivando los trozos de hielo en las aguas heladas, hasta que paulatinamente se van desvaneciendo para dar paso a una enorme mancha negra salpicada de puntos luminosos que se mueven con lentitud, y me digo, finalmente, que hoy podría estar en cualquier lugar, ser otro, y que si de algo estoy seguro es que hoy no es lunes, porque los lunes como apio y queso, y que yo recuerde hoy no los he probado.

En blanco y negro

El desayuno está servido pero yo no he querido probar ni un bocado. Mi mujer ha dejado los huevos y el café en mi lugar sobre la mesa y se ha puesto a hojear el periódico, con aire indiferente. Sigue molesta, los últimos días no han sido nada sencillos para los dos, mi malhumor ha terminado por fastidiarla y la entiendo. Yo tampoco sé realmente qué me ocurre, desde hace meses que me siento abatido sin ganas de hacer nada. Sólo dormir.

Durante todo este tiempo, Edna ha insistido en que vea a un médico, no comprende cómo un hombre con tanta vitalidad como la que yo tenía se vuelva de pronto una sombra que deambula con expresión descompuesta, como si de repente, incluso, las cosas más placenteras hubieran adquirido un sabor amargo e inoportuno. Ha tratado de animarme pidiéndome que salgamos, por ejemplo a visitar a nuestros viejos amigos o al teatro a ver una de esas comedias que tanto disfruta, pero me he negado. Tengo la sensación de que el mundo se ha transformado en algo muy diferente a lo que era, que ha dejado de ser ese lugar cálido y seguro para tornarse en un enorme cuarto sombrío sin ventanas ni puertas, cuya desolación se espesa cada día más.

Ni siquiera estoy seguro de cuándo comencé a tener esta percepción, sólo sé que en una ocasión, estando con mis compañeros de trabajo diseñando unos bocetos para la nueva campaña me asaltó la idea de que todo esfuerzo

era inútil. Todas las cosas que había hecho, que hacía y que podría hacer en el futuro eran tan sólo vagos intentos para sostener un mundo carente de sentido y que yo veía precipitarse hacia otro del cual era difícil reconocer un asidero posible. Fue entonces cuando pensé que lo mejor sería poner distancia, cortar los lazos que me sujetaban a esa vieja rutina de pliegos de papel recién salidos de la imprenta, de galeras, de maquetas que los colegas me mostraban esperando mi aprobación. Al principio, alegando problemas con mi úlcera, me ausenté por algunos días de la oficina, y cuando ya no fue posible seguir eludiendo mis responsabilidades, presenté mi renuncia. El jefe no podía creer que su diseñador más eficiente, como él me consideraba, con un futuro prometedor y en plena campaña publicitaria en marcha le estuviera poniendo en las manos la carta que anunciaba mi retiro voluntario.

Escuché con indiferencia promesas de un ascenso y de un aumento considerable de sueldo, pero mi decisión era irreversible. Ahora que han pasado algunas semanas y he tenido tiempo de sobra para reflexionar, creo que fue lo mejor que pude haber hecho, aunque a Edna le parezca que de todos los errores que he cometido, éste haya sido el peor. Nuestros problemas se han agudizado, pero de ninguna forma me arrepiento de haberme puesto a salvo en casa, el único sitio en donde me siento verdaderamente a salvo.

Al principio, Edna lo tomó con calma, diciendo que no me preocupara, que tal vez se trataba de una crisis pasajera, y cuando me sintiera mejor podría volver a mi antiguo empleo o buscar uno menos tiránico y más redituable; pero dado que han pasado meses desde aquella ocasión y que no ha visto mejoría en mi ánimo, ha terminado por desesperarse, alegando que lo mío es sólo necesidad. Lo peor de todo es que ha terminado por compararme con

mi madre, a quien desde hace tiempo he dejado de ver. A veces tengo miedo de que tenga razón, pero tampoco quiero pensar en ello. Hoy se ha levantado más temprano de lo habitual, me ha preparado el desayuno de mala gana y se ha puesto a revisar el periódico con la idea de encontrarme alguna vacante. Observo el lápiz en su mano y los círculos que encierran varios anuncios. Después de un rato, cuando las páginas se han convertido en un cielo repleto de nubes presagiando una tormenta, ha cerrado de golpe la sección de clasificados, apartándola del resto y abriendo otra, como si pensara que lo que está haciendo no tiene ningún sentido, a juzgar por mi semblante apático y el desayuno intacto.

Al cabo de unos minutos, mientras pienso que me haría bien tomar un par de píldoras y volver a la cama, ella me pide que le preste atención, va a leerme algo:

—Escucha, Ismael: “Un alud de periódicos lo había sepultado vivo, a un par de metros de donde se encontraba su hermano, esperando que le llevara la cena. Se presume que este último, Homer, llevaba días sin probar alimento y que al escuchar el derrumbe no pudo hacer nada para socorrer a Langley; su cuerpo estaba debilitado y ni siquiera logró levantarse de la silla en donde fue hallado días después. La autopsia reveló que había muerto por inanición.” Pensé que ese tipo de cosas sólo se veían en las películas.

Le doy un breve sorbo a mi café y cierro los ojos. Lo único que deseo es acostarme, sentir la suavidad de la almohada sobre mi cara, resguardado y ajeno a las turbulencias que agitan la vida de los demás, incluyendo la mía y la de esos pobres sujetos a quienes se refiere Edna. Pero eso no sucederá, mi mujer se asoma por encima del diario y me lanza una mirada que conozco bien. El reportaje que ha estado leyendo le ha dado un pretexto para traer a cuento

una vieja discusión. Apenas la veo abrir la boca cuando ya sé qué va a decir:

—¿Oíste, Ismael? Estas cosas pasan, deberías hablarle a tu madre, aunque sea de vez en cuando.

Me quedo callado sujetando la taza con ambas manos. Hace mucho que el café se ha enfriado, pero no tengo ganas de levantarme y ponerlo en la estufa, aunque para ello sólo tenga que dar unos cuantos pasos. Alargo la mano y tomo la cajetilla de cigarros, le ofrezco uno, pero ella no quiere, está tratando de dejar de fumar, dice, y no le ayuda mucho que siga haciéndolo.

—Me preocupa tu madre, deberías ir a verla, por qué no mañana —dice a sabiendas de que me disgusta hablar de ese tema, sobre todo ahora que tengo la horrible sospecha de que mi conducta sea sólo un reflejo del extraño proceder de mi madre. Edna se queda callada, esperando mi respuesta mirándome con reproche. Por su expresión me doy cuenta de que no se trata de una sugerencia sino más bien de una orden, de una obligación que debo cumplir.

—Hace mucho tiempo que no la vemos, y no estaría mal que fuéramos a visitarla —rectifica, al darse cuenta de mi molestia, atenuando el tono de su voz.

—Mi madre sabe lo que hace, si ha decidido que encerrarse en su casa sin ver a nadie le viene bien es sólo su asunto, y no veo por qué habríamos de inmiscuirnos —le digo, para luego caer en la cuenta absurdamente de que las palabras que ahora están flotando sobre la mesa se refieren más bien a mí y que en un gesto inconsciente he soltado sin reparar en ello.

No me he atrevido a mirar a Edna, temeroso de encontrar el rictus burlón de sus labios, la prueba de que lo dicho por mí es la confirmación de una sospecha, ésa que me

ahoga silenciosamente, la distancia que se acorta cada vez más entre el infierno materno y el mío. Pero Edna no está dispuesta a rendirse, retoma la historia de los neoyorquinos y blande sus armas:

—Es terrible lo que le pasó a estos pobres hombres dijo, moviendo la cabeza. Como no iban a visitarlos, nadie se dio cuenta de que habían fallecido. La policía tuvo que hacer un boquete en la azotea para sacar todos los objetos que habían acumulado y rescatar los cadáveres. Aquí dice que les llevó más de dos semanas vaciar la mansión y que el olor era insoportable. Mira —dijo Edna y señaló una parte del diario desplegado sobre la mesa.

Hice a un lado el cenicero y observé las fotografías. Todas eran en blanco y negro, y ofrecían diferentes aspectos de la casona 2078 de la Quinta Avenida. Una mostraba los vestigios de una elegante sala, era imposible caminar por ella, por todos lados se alzaban cerros de basura acumulada por años. Entre los desperdicios sobresalían un órgano de iglesia con los tubos rotos, varias carriolas de bebé, decenas de maniqués, libros deshojados y húmedos, frascos con órganos humanos, un viejo aparato de rayos X y una quijada de caballo. Otra fotografía, tomada seguramente desde una azotea vecina, muestra a un policía tratando de mantener el equilibrio al borde de una ventana a la cual le ha roto los cristales para arrojar a la calle, desde el cuarto piso, una parte ínfima de las toneladas de diarios con los que uno de los hermanos construyó un laberinto al interior de la mansión; mientras tanto, en el techo, los demás oficiales se asoman por el hueco que han abierto, estudiando la forma de acceder por entre aquellas murallas de papel para extraer el segundo cadáver.

En otra foto aparece un tímido Langley Collyer, cuyos restos están buscando los policías de la imagen anterior.

Sentado en una silla de cuero y vestido con traje negro y botines polvosos, parece tranquilo, su aspecto no dista mucho de los neoyorquinos de los años cuarenta, aunque los mechones canosos y desordenados que le rodean el cráneo le dan un aire excéntrico. Fuera de eso, daba la impresión de ser un viejo actor secundario de las secuelas de los hermanos Marx y no el obseso dedicado por años a recolectar lo que el vecindario arrojaba al depósito de basura para almacenarlo en su casa. La fotografía pertenece a un reportero que tuvo la ocurrencia de entrevistarlo, cuando entre el barrio de Harlem corrió el rumor de que al interior de la propiedad los dueños ocultaban cuantiosos tesoros; rumor que llevó a algunos curiosos a intentar penetrar la fortaleza, y a que Langley tapiara las ventanas y construyera una serie de trampas con cables y murallas de periódicos.

Todo esto, por supuesto, lo he leído en el reportaje de los Collyer que Edna me ha mostrado. De golpe, me he sentido mal y he salido de la cocina. Tras de mí viene ella. Escucho sus tacones mientras subimos a nuestra habitación.

—¿Qué pasa? —me pregunta con ansiedad.

—Nada —le digo—, tengo sueño, eso es todo —y me recuesto bocabajo en la cama.

—Has dormido demasiado últimamente, ¿estarás enfermo?

No le respondo. Aprieto los ojos y espero a que se vaya. Pero parece no darse cuenta de que necesito estar solo y se pone a ordenar la ropa en el armario.

—No es correcto que una mujer de setenta años viva sola. Sobre todo cuando de un día para otro ha decidido que no quiere ver a nadie más, mucho menos a sus hijos —dice con malicia, retomando la vieja discusión, plenamente consciente del efecto que me producen sus palabras—. Si nosotros tuviéramos un niño no me gustaría que al crecer

dejara de estar al pendiente de su madre. A veces creo que las personas viejas han olvidado realmente lo que quieren, o tal vez porque no lo tienen han preferido dejar de pensar en ello. Acaso a tu madre le esté ocurriendo algo así. ¿Tú, qué piensas, Ismael?

Hago un esfuerzo mayúsculo por mantener a raya el rencor, levanto un poco la cabeza de las sábanas revueltas y le contesto: no lo sé. Con franqueza nunca me he puesto a pensar en ello y tampoco tengo ganas de hacerlo ahora. En este momento lo único que pasa por mi mente es hundirme en el sueño, liberar todo lo que parece arrojarme a ese vaivén de cosas quebradas, irresolubles. Y eso es precisamente lo que haré, claro, en cuanto Edna salga del cuarto.

—El otro día le llamé a tu madre, parecía tranquila — continuó, empeñada en no soltar a su presa—. Me preguntó por ti y le dije que te habías quedado sin empleo, sólo eso, sin detalles. Qué lástima, dijo, a secas. Le pregunté si necesitaba algo, lo que fuera, ya sabes, pero respondió que no, que estaba *perfectamente*. Un muchacho del vecindario le compra los víveres en el supermercado y le hace otros encargos. Fue imposible seguir hablando con ella, alegó que estaba muy ocupada, pero me pidió que te mandara saludos. Estoy segura de que estaba viendo en la televisión otra vez una de esas películas viejas que tanto le gustan, ya sabes cuáles, las que repiten en blanco y negro y cuyos parlamentos se sabe de memoria. Tal vez si tuviera amigas o vecinas que la frecuentaran podría pasar el tiempo de otra forma.

Me quito los pantalones y la camisa y los doblo cuidadosamente sobre la silla, alzo la sábana y me introduzco a la cama. No importa que sean las diez de la mañana, podrían ser las once o las doce, me da igual, lo único que

necesito es echarme a dormir y que Edna por fin se calle. Llevo una semana teniendo el mismo sueño absurdo: me veo en la oficina imprimiendo los documentos de un cliente importante. De hecho se trata del cliente que más dinero le ha dejado a la editorial, estoy revisando las portadas y encuentro varias erratas en una de ellas. El nombre del libro y del autor no coincide con el manuscrito original; cuando estoy a punto de sentarme a la computadora a corregir el error me llaman de la oficina del jefe. Me demoro un buen rato aclarando el asunto y cuando regreso a mi escritorio me doy cuenta de que ya no está el disco con los archivos. Doy por hecho que uno de mis subalternos se ha encargado de resolver el problema, pero cuando me traen el libro impreso viene el licenciado De Giau y me echa en cara los errores que habrán de costarle una fortuna a la empresa. Discutimos acerca de las responsabilidades y sale dando un portazo. Me gustaría al menos un día soñar otra cosa.

—No entiendo por qué tu madre no quiere ver a nadie. La última vez que fuimos a su casa tuve el presentimiento de que le estaba ocurriendo algo extraño. No había hecho la limpieza en semanas y la cocina era un desastre. Estaba enojada con tu hermano porque le había tirado a la basura todas las bolsas de plástico que había guardado en su habitación, debajo de la cama, en los cajones, sobre la mesita de noche, cientos y cientos de bolsas por todos lados, como si pensara que un día ya no podrá conseguir más y se previniera. Entiendo que esté molesta, después de todo son sus cosas y ella puede hacer con ellas lo que le venga en gana, pero con sinceridad, yo también hubiera hecho lo mismo. Mira que ponerse a alisarlas por horas, quitándoles las arrugas, acicalándolas, como si estuviera peinando a unas hijas pequeñas. No quiero parecer dramática, pero se-

ría bueno que fuéramos pensando qué vamos a hacer con tu madre si las cosas continúan así.

Saco la almohada debajo de mi cabeza y me la pongo encima de la cara con tanta rudeza que Edna suelta de golpe el cesto de ropa y me dice airada:

—Si a ti no te importa, está bien, a mí tampoco. No seré yo la que tenga que padecer las consecuencias —y finalmente se va de la habitación. Cuando la oigo bajar las escaleras saco del cajón las píldoras para dormir y me tomo dos. Sé que por un rato me habré librado de mi mujer y me acomodo de nuevo entre las sábanas. Quince minutos después siento que el cuerpo se me va aflojando, aparece la somnolencia habitual, placentera, y sonrío.

Cuando despierto veo a Edna ovillada en la orilla de la cama, dándome la espalda. Es muy tarde y no hay nadie en la calle. A lo lejos se escucha un auto que pasa a toda carrera, luego nada. Tengo la boca seca y bajo a la cocina por un vaso con agua. Mientras abro el refrigerador me doy cuenta de que el diario que estaba leyendo Edna todavía sigue en la mesa, está abierto justamente en la página que contiene el reportaje sobre los Collyer y siento el impulso de regresar a él.

Parecían gente normal, le comentó una de las vecinas al reportero que cubrió la nota cuando se supo que un hedor insoportable salía de las fisuras de la casa. Pero no lo eran, al menos durante la segunda mitad de sus vidas. Más tarde se supo que Homer y Langley habían cursado estudios universitarios y que la fortuna heredada por sus padres al morir les había dado la oportunidad de gozar su dinero sin problemas en la época de la Gran Depresión. Sin embargo, aún siendo muy joven, Homer, el mayor, perdió la vista, y su hermano decidió permanecer el mayor tiempo con él, asistiéndolo. Al parecer fue en esa época cuan-

do se dedicó a recorrer las calles recogiendo todo tipo de publicaciones, en especial diarios, para apilarlos y levantar muros altísimos por toda la mansión, formando pasadizos oscuros, casi intransitables. Durante la inusual entrevista, Langley le dijo al reportero que su idea era “construir un gigantesco periódico viviente en el cual se resumieran todos los acontecimientos importantes de la época para que su hermano pudiera leerlo cuando recuperara la vista”.

Pero eso no sucedió nunca, el día en que Langley murió, minutos antes le estaba preparando la cena a Homer, se la puso en una bandeja y se aventuró por los laberintos de papel y objetos incrustados hacia el cuarto donde aguardaba su hermano. Meses antes les habían cortado todos los servicios, y Langley se las arreglaba para obtener un poco de electricidad utilizando el motor del automóvil de su padre que tenía estacionado en el centro del comedor. Pero no siempre lo lograba, así que aquella ocasión tuvo que abrirse paso entre la penumbra, confiado en su habilidad para sortear las trampas; sin embargo, la suerte quiso que cayera en una de ellas, y una avalancha de papel se le vino encima. Su cuerpo fue hallado a tan sólo unos metros del cadáver de su hermano, siete días después de rescatar los restos de éste. Una fotografía muestra a Langley confundido entre la basura, desfigurado, desmoronándose bajo los restos de sus harapos.

No puedo más, tengo la sensación de que estoy frente a un presagio, cierro de golpe el diario y apuro el vaso con agua, luego me sirvo otro y otro, hasta que ya no puedo beber ni uno más. No dejo de pensar que los reproches de Edna tienen razón, debería ir a ver a mi madre o al menos llamarla por teléfono. Entonces me hago la promesa de marcar su número apenas comience a clarear. Enciendo un cigarrillo y le doy vueltas a todas las cosas que quiero decir-

le, pero sobre todo a lo que deseo oír de ella, esa temida reconciliación que he esperado por años.

Al cabo de un rato escucho pasos, es Edna que viene a ver si me ocurre algo. Hablamos sobre Homer y Langley, y más tarde, pero mucho más tarde, sobre la decisión de mi madre de encerrarse en su casa y de su terror a poner un pie de nuevo en la calle. Cuando me doy cuenta, la cajetilla está vacía y la cocina llena de humo. Edna apaga su cigarrillo, el último, dice, y abre la ventana. Vemos el reloj, son las seis de la mañana, la hora en que solía levantarme para tomar una ducha y prepararme para ir al trabajo. Pero ya no tengo que hacerlo, por fortuna. Abrazo por la cintura a mi mujer y subimos a nuestra habitación.

Horas después suena el teléfono, Edna salta desnuda de la cama y levanta el auricular precipitadamente, como si hubiera estado esperando desde hace rato que sonara de un momento a otro.

—Es tu madre —dice nerviosa— quiere hablar contigo —y tapa con la mano el auricular para que no la oiga.

Entonces pienso en los reclamos, en las explicaciones, sin dejar de mirar fijamente la cicatriz que tiene mi mujer en el vientre y que la avergüenza tanto cuando estamos juntos.

—¿Qué le digo? —me pregunta ansiosa—. Hazlo ahora, Ismael, tienes que hacerlo —me ordena.

Me levanto de mala gana y me pongo el calzoncillo con una lentitud que exaspera a Edna, quien aguarda con el teléfono en la mano. Lo tomo y escucho la voz angustiada de mi madre.

—¿Ismael? ¿Ismael, estás ahí?

Pero me quedo callado, no atino a decirle nada. Por mi cabeza cruzan como en una película confusa un cuarto en penumbras, su colección de bolsas de plástico, la cicatriz de

Edna, los bocetos de la campaña publicitaria, el cuerpo de Langley devorado por las ratas.

—¿Ismael...?

Entonces cuelgo suavemente el teléfono. Me quedo de pie durante unos instantes junto al aparato y me inclino para desconectarlo. Edna se mete al baño sollozando y yo me calzo las pantuflas para bajar a la cocina por un poco de agua. Tengo la boca seca y me haría bien beber algo antes de volver a la cama.

Signos de traslado

*Me conformo con fincar
mi reino en lo inmediato*
VC

Buscaba en el patio un sitio donde enterrar a Bruno cuando observé a mi madre descender de un taxi en compañía del hombre más alto y flaco que haya visto. Tendría al menos sesenta años, vestía *jeans* sucios, una vieja chaqueta de piel y una gorra deportiva. Dejé los restos del pobre Bruno junto a una maceta, y me acerqué lentamente a la reja. El taxista puso en la banqueta una vieja guitarra y un par de cajas de cartón atadas con una cuerda. Mi madre estaba radiante, se volvió hacia mí, con esa mirada de orgullo cada vez que trae a un nuevo tipo a casa. Luego le pagó al taxista y cargó con el breve equipaje, mientras su compañero inspeccionaba la fachada, decepcionado, como si hubiera esperado encontrarse con algo mejor.

Es curioso que ocurriera esto justo cuando Eliseo, mi madre y yo creíamos estar poniendo orden en nuestras vidas, pensando que si nos reuníamos otra vez bajo un mismo techo, todos nuestros problemas encontrarían por sí mismos su propio equilibrio, como si el hecho de volver a estar juntos significara un nuevo comienzo menos turbulento y doloroso. No se necesitaba ser muy listo para saber que la intrusión de aquel tipo echaría abajo lo que tantas tardes de conversación en la mesa de la cocina nos había costado reconocer y

que estábamos dispuestos a enmendar. Pero mi madre era mi madre, y más que enfadarme haber cedido a la tentación incesante de buscar una compañía, sentía pena por ella y también por los gatos, que al final eran los únicos que habían permanecido incondicionalmente a su lado y que de un modo u otro pagaban los platos rotos. Por fortuna, Bruno ya no estaba entre nosotros, no sé si el pobre, ya tan viejo, hubiera podido soportar la alteración en sus rutinas, como siempre que un tipo nuevo invadía su territorio. Me tranquiliza saber que ahora descansa bajo los geranios, al fondo del jardín, donde acabé por enterrarlo esa misma tarde.

Cuando mi madre dejó las cajas y la guitarra en un rincón de la sala y se fue a preparar el habitual café de bienvenida, no me quedó la menor duda de que estábamos sumando un capítulo más a su extensa y complicada historia amorosa. El hombre no perdió tiempo en ponerse a sus anchas, se acomodó rápidamente en el sofá, arrojó la gorra en la mesita de centro y se limpió el sudor de la frente con la manga de su camisa. Parecía satisfecho después de todo. Luego subió los pies a la mesa y me lanzó una mirada insolente. Experimenté una sensación de ahogo, como si el aire se hubiera vuelto más denso, como si la presencia de aquel extraño hubiera enrarecido de golpe el aire que se apretaba en nuestra pequeña casa. Dispuesta a retarlo, a mostrarle desde un principio que no la tendría fácil mientras yo viviera ahí, jalé bruscamente una silla y me senté frente a él con los brazos cruzados. Al tipo pareció divertirle mi actitud, encendió un cigarrillo y se puso a observar los escasos muebles que nos heredó el abuelo, el papel tapiz de las paredes roto en las esquinas, las cortinas que desde hacía mucho tiempo debimos haber reemplazado.

Medía casi dos metros, era escuálido y se movía torpemente, como una máquina de huesos, lenta y fatigosa; las

rodillas deformes y llenas de aristas se dibujaban claramente debajo de la tela del pantalón, tenía la nariz ganchuda, el cabello graso hasta los hombros y un desesperante aire inofensivo y triste. En resumen, la facha de alguien a quien la vida no ha tratado con indulgencia, muy del tipo de hombre que ejerce una atracción inevitable sobre mi madre.

Casi podría asegurar que no era el individuo en sí lo que me resultaba odioso, cuántos había visto desfilan por aquí, incluso de peor pinta, como aquel tahúr de camisas brillantes y diente de oro que no conocía lo que es una ducha o el militar retirado a quien le faltaba un brazo y ya borracho llamaba a mi madre con el nombre de la esposa que lo abandonó por un infante de artillería. No, no era eso lo que me enfadaba, o al menos no del todo, sino el hecho de que mi madre tuviera que recurrir a su vieja costumbre de traer a gente como ésa, con tal de evitar el sentimiento de vacío que dice tener desde que mi padre se fue, aunque de eso hayan pasado tantos años, y en el transcurso mi hermano y yo nos hayamos convertido en adultos.

Me pregunto si acaso la compasión que siente por quienes supone más desvalidos que ella, trayendo lo mismo hombres que gatos, la haya empujado a emplearse como enfermera de una clínica en los suburbios, en un horario que ponía a prueba su paciencia y su fortaleza, muchas veces mermada por sus propios problemas personales, y que ella trataba de disimular frente a nosotros.

Pero supongo que a mí no me corresponde emitir juicio alguno, después de todo cada quien toma las decisiones que puede, y si mi madre considera que le hace bien recorrer una y otra vez el interminable pasillo de su pabellón, poniendo en la lengua de los enfermos dos pastillas diminutas, inclinándoles amorosamente la cabeza para que beban un poco de agua, y luego salir de puntitas del cuarto,

como si acabara de darles las buenas noches a esos probables hijos suyos, tan pobrecitos, dice ella, tan abandonados, tan lejos de este mundo y de cualquier otro, replegándose en sus propias profundidades abisales, está bien, no lo discuto. Así es ella. La imagino con ojos somnolientos acodada en el mostrador de urgencias, repasando la lista de sus pacientes, las dosis correctas, y soltando todo en el mismo instante que un grito proveniente de su pabellón reverbera entre las paredes, para echarse de nuevo a correr rumbo al cuarto del enfermo delirando, buscar en el bolsillo de su uniforme la jeringa que habrá de disolver las conjuras, detener los espasmos, desmoronar con un piquete la catástrofe incipiente.

Pero es difícil encontrar una explicación para todo, por ejemplo, hace un par de años, cuando empaqué mis cosas y me fui a vivir con Flavio, prometí que no regresaría a la casa materna, como lo hacía cada vez que el casero me echaba o me quedaba sin trabajo o discutía con mi compañero en turno. El orgullo me decía que pasara lo que pasara en mi vida futura no habría de volver como cada tanto, como una niña pequeña y llorosa, a refugiarme en los brazos de mi madre. Comprendí que a mi edad (aunque muchos dijeran que estaba en la mejor etapa, cuando uno “comienza verdaderamente a vivir”) ya era hora de abandonar esos juguetitos que me hacían pasar como una mujer caprichosa e inestable, aunque mi madre me ponga de ejemplo frente a mi hermano y afirme con una seguridad asombrosa que pocas enfrentarían las decepciones amorosas con tanta dignidad y fortaleza como yo lo he hecho desde la primera vez que me fui de casa.

Sin embargo, cuando conocí a Flavio me convencí de que la mala racha que me perseguía había llegado a su fin, y que si me esforzaba, él acabaría por comprender que rele-

var a su padre en el despacho no era tan malo como parecía. Después de todo, él y su madre se lo habían pedido suave pero firmemente, y pese a que no me veían con buenos ojos, acaso porque no les hacía gracia que su hijo anduviera con una mujer mucho mayor y con esa sospechosa cicatriz en el rostro que tanto me avergüenza, encontraban en mí a una aliada para sus propósitos familiares. Hacía tiempo que me confiaban que no les gustaba en absoluto que Flavio anduviera perdiendo el tiempo en fiestas y audiciones, con la esperanza de encontrar quien le ayudara a conseguir un pequeño papel en una obra o una película, aunque fuera de bajo presupuesto.

Ahora que ya estoy más tranquila y puedo ver las cosas desde una perspectiva menos dolorosa me doy cuenta de que ese nudo en que terminaron por convertirse nuestras vidas debió ser disuelto de a poco, tirando mansamente por aquí o por allá, casi imperceptiblemente, en vez de jalar todos los cabos sueltos de un tirón, y echarlo a perder, como es mi costumbre. Ya el saldo de números rojos en la cuenta amorosa de mi madre debió haberme alertado para andarme con cuidado, hacía tanto que en el fondo me percataba de que seguía fielmente sus pasos. Bastó con que apenas Flavio se llevara sus cosas del departamento, menos el rencor que se había reservado para soltarlo en el último momento, para correr al hogar una vez más.

Mi madre salió de la cocina con una bandeja. Colocó cuatro tazas de café instantáneo y unas galletas sobre la mesa, llamó a mi hermano y dijo nerviosa:

—No los he presentado, lo siento mucho, no sé dónde tengo la cabeza. Bueno, éste es Luis, un músico del cual ya habrán oído hablar. Se quedará con nosotros una temporada mientras firma un contrato importante, ¿no es cierto? —dijo, guiñándole un ojo al tipo—. Bueno, Luis, pues estos

son mis chicos, Eliseo y Narcia, ¿qué te parecen, te los imaginabas así?

El hombre se rascó la cabeza, sonrió con indiferencia y movió la cabeza negativamente. Mi madre fingió no darle importancia al asunto, y se puso a hablar de las costumbres de los vecinos y de las cualidades que, según ella, nos hacían tan buenos hijos. La situación se tornaba incómoda; tanto mi hermano como yo sabíamos que el rumbo de la conversación no llevaba a ningún sitio y que era preferible mantenerse callados, pero alertas.

Sin embargo, Eliseo parecía divertido, casi puedo asegurar que lo tenía sin cuidado la opinión de Luis, para él significaba solamente un número más en la extensa lista de los amantes que habían desfilado por la casa, y que al cabo de un rato, cuando mi madre dejó de interesarles o de pagar sus facturas, acabaron por marcharse, como seguramente lo haría éste. No hacía falta más que observar su actitud jactanciosa para darse cuenta de que lejanamente era el músico desvalido, pero talentoso, que mi madre se empeñaba en hacernos creer y que no tardaría en exprimir su escaso sueldo para complacerlo, y de paso nos haría el favor de echar por tierra nuestros planes dentro de aquello que todavía podíamos llamar familia.

Ahora que lo pienso creo que debí (y pronuncio *debí* en voz alta, con la mano en la garganta y apretando los ojos, como si todavía fuera posible echar en reversa el reloj y volver a aquella tarde) hablar con mi madre antes de que Luis franqueara la puerta, y sugerirle que lo pensara un poco, que tal vez no fuera buena idea alojar otro inquilino. Ya teníamos suficiente con nuestros propios problemas y cargar con los ajenos sólo complicaría aún más las cosas. Pero ahora que vuelvo a pensar en ello, caigo en la cuenta de que al decir *nuestros problemas*, me estaba refiriendo tan sólo

a los míos y no a los que desde hace tiempo tienen a mi madre metida en un embrollo. Acaso por temor o por vergüenza, no había querido reconocer que si dos problemas irresolubles había en la vida de mi madre éramos mi hermano y yo, abrumándola con quejas y decepciones, yéndonos y regresando a su casa con líos peores. Y encima de eso, dormir escasas horas por la mañana, hacerse cargo de las cuestiones domésticas y dirigirse al anochecer a la clínica donde el mundo parece mostrarse con un rostro cada vez más desolador y avejentado.

Además estaban los gatos. Tampoco era justo para ellos que viniera alguien a irrumpir en la tranquila convivencia que tan fatigosamente nos había costado lograr. Desde el primero hasta el último que mi madre trajo a la casa había sido objeto de un cuidadoso examen, para posteriormente ubicarlo en una clasificación basada en su personalidad, a fin de evitar riñas territoriales o derivadas del celo interminable que la naturaleza se empeñaba en atizar. Pero en los últimos años, pese a los vaivenes que nos traían los amantes de mi madre, podía decirse que habíamos conseguido lo que parecía imposible, una convivencia pacífica, permitiendo que cada uno de los felinos pudiera sentirse a gusto consigo mismo y con los otros.

Los días siguientes a la llegada de Luis no fueron fáciles. Mi madre decidió darle el cuarto de los siameses, por lo cual tuvimos que replantear otra vez la forma en que distribuiríamos a nuestras mascotas. Con una habitación menos la situación se complicaba, tuvimos que desalojarlos y pensar seriamente si sería posible llevarlos con Nene y sus cuatro mininos al cuarto de lavado; pero Nene siempre ha sido huraña y ahora con su nueva camada estaba insoportable. Eliseo se quejaba de que era imposible llevarle de comer sin salir con rasguños y mordidas. Por su parte, los siameses

nunca habían sido mezclados con otros gatos de distinta raza, así que era de esperarse que al juntarlos con Nene y sus crías la situación se tornara fea.

Tampoco era posible llevarlos con aquellos que fueron encontrados en las azoteas vecinas, deambulando por las bardas o en los basurales, todos de carácter tozudo y bravos, en especial Silverio, a quien mi madre había atrapado mientras hacía pedazos a un pájaro en el jardín de la clínica. Eliseo y yo nos resignamos a cederle nuestra habitación a los siameses y a ocupar el sofá de la sala. Era incómodo tener que escuchar a Eliseo hablar durante el sueño sobre no sé qué tantas cosas relacionadas con un tal Ivo, mercancías defectuosas, billetes perdidos. Eso, y tener que levantarme varias veces por la madrugada ante los chillidos de los gatos desalojados que no acababan de acostumbrarse a su nuevo espacio, para calmarlos con caricias y mimos.

Fue hasta el sábado siguiente cuando pude tener una breve tregua, los siameses se apaciguaron, y la casa se volvió a llenar del denso ronroneo habitual. Si a Luis le afectaron también estas noches caóticas, ni mi hermano ni yo lo supimos nunca, pues desde el día en que llegó tuvo a bien encerrarse en su cuarto para dedicarse de lleno a componer, como se lo había advertido a mi madre. Sólo lo veíamos a la hora de los alimentos y cuando salía a comprar cigarrillos. Aparte de eso, en los meses siguientes nadie lo vio poner un pie fuera de su habitación. Tenía la costumbre de mantener a todas horas el televisor encendido, incluso por la madrugada, y la puerta cerrada con llave.

Recuerdo que en una ocasión estaba calentando la sopa en la estufa, cuando Eliseo se apareció en el umbral de la puerta y le preguntó con sorna a mi madre si Luis practicaba su instrumento mentalmente o durante el sueño, porque

desde que estaba aquí no habíamos escuchado ni una sola nota. Ella dejó de lavar la vajilla y dijo sin mirarnos:

—Ténganle paciencia, chicos, así son estas personas, necesitan tiempo para inspirarse, después de todo hacer música no es tan sencillo; si lo fuera, entonces toda la gente que conozco ya estaría ganando una fortuna.

Su comentario me dejó perpleja, no podía creer que mi madre estuviera justificándolo. No sólo era que Luis daba la impresión de estar muy lejos del artista entregado a su arte, sino que incluso era incapaz de ayudar en algo, por ejemplo, recoger los platos de la mesa en la que había devorado con avidez lo que preparábamos o tener la amabilidad de meter a la lavadora el par de camisas inmundas que nos dejaba afuera de la puerta de su habitación y que yo colocaba en el cesto con la punta de los dedos. Pero preferí quedarme callada para no herirla. Sin embargo, Eliseo no tuvo esa consideración y se echó a reír escandalosamente.

—Vamos, mamá, ni siquiera tú crees eso —afirmó cuando pudo reponerse.

Tuve la sensación de que algo en la vida de mi madre se había roto de golpe, como si en el fondo las palabras de mi hermano la hubieran sacudido con furia, obligándola a reconocer que, al igual que con los otros hombres, nuevamente se había equivocado.

A ninguno de los tres nos pasaba por alto que su propósito de tener a alguien que la llenara de abrazos o de palabras de aliento a su regreso de la clínica se había diluido incluso con mayor rapidez que en las otras ocasiones, cuando al menos su vida íntima encontraba alivio al marcharnos Eliseo y yo a la escuela.

Mi madre se quitó el delantal, lo colgó en el perchero junto al refrigerador y se puso a mirar por la ventana que daba al jardín, pensativa, triste. Afuera, la hija del vecino se

despedía de su novio. Reían. Me paré junto a mi madre y le puse una mano sobre el hombro, que ella rechazó. El chico tomó de la cintura a su novia, y ella le acarició el mechón que le caía sobre la frente. Luego se besaron y él se subió al auto. Cuando se fue, la chica todavía permaneció unos instantes en la calle mirándolo alejarse. En algún momento volteó hacia nuestra ventana, mi madre levantó la mano en señal de saludo, pero la chica sonrió amargamente y se metió con apuro a su casa.

Durante el almuerzo no intercambiamos ni una palabra. Volteé a ver a mi hermano y moví bruscamente la cabeza, pero él encogió los hombros e hizo una mueca como un muchacho malcriado.

—Alguien tenía que decírselo —me dijo cuando mi madre ya se había retirado a su cuarto.

Cuando llegó la hora de preparar sus cosas para irse a la clínica, entré a su cuarto y me senté en la orilla de la cama. Estaba terminando de arreglar su uniforme, no parecía enojada sino ausente, como si la mano que deslizaba la plancha por las mangas y el cuello almidonado no fuera su propia mano, sino sólo un miembro aislado, flotante, impulsado por una fuerza ajena que la desvinculaba de aquel acto mecánico.

—Mamá...

—Sí, Narcia... —dijo sin despegar la vista de la tabla de planchar.

Me arrepentí de haber invadido el único espacio que tenía para estar a solas, pero me dolía verla así, tan decaída. De repente me escuché preguntándole cómo habían reaccionado sus pacientes a las nuevas terapias, si ella creía que alguno tenía posibilidades de egresar pronto, si Brenda todavía seguía confundiéndola con la vieja tía que la había criado en la granja de pollos, si el doctor Sanz, un joven si-

quiera que hacía sus prácticas, seguía insistiendo en acabar con los electroshocks a pesar del escándalo de los viejos colegas, cosas de ese tipo que a ella le preocupaban, pero cuya importancia, sabía, me tenía sin cuidado.

Por un momento tuve la sensación de que mi voz se escuchaba hueca, distinta, como si no me perteneciera, como si otra persona estuviera hablando por mi boca. Mi madre levantó la vista y me observó con curiosidad, se rio por lo bajo y contestó:

—Está bien, Narcia. Comprendo tu interés.

Salí de la habitación con un sentimiento de culpa, y prometí no volver a inmiscuirme en sus asuntos, al fin y al cabo era su casa, y nuestra condición de asilados en cierta forma no nos distanciaba mucho de la conducta de Luis. Yo no aportaba nada a los ingresos familiares, sólo mi labor en cuestiones domésticas, y el poco sueldo que recibía Eliseo se lo gastaba en sus propias cosas, la mayoría en tragos en el club nudista donde pretendía a una chica de cabello corto y mirada recelosa.

Un día la llevó a una reunión que organizamos Flavio y yo en el departamento, en aquella época cuando recién nos habíamos mudado a vivir juntos. Tenía un aspecto infantil pero el maquillaje la hacía ver mucho mayor, era menuda y miraba alrededor constantemente como para asegurarse de que ninguno de nuestros amigos pudiera reconocerla. Le ofrecí un trago y nos pusimos a platicar. Parecía simpática, y me pregunté si también le agradaría a mi madre, pero luego recordé las razones por las cuales mi padre se había marchado, y le hice jurar a Eliseo que no se la presentaría. Al término de la reunión, se despidió de mí con un beso en la mejilla y me susurró algo que tenía que ver con la comprensión o con la solidaridad o con el orgullo, no lo tengo muy claro porque yo estaba atenta a las risas entre Flavio y

la coreógrafa que recién había ingresado a su grupo de actores y que había permanecido a su lado casi toda la noche.

En algunas ocasiones me la encontré en el supermercado o en el parque. Se notaba que le daba gusto verme, y me confiaba ciertas cosas, problemas típicos que se suscitan cuando una de las chicas se cree con mayores privilegios que sus compañeras, o sobre el patrón que la cela demasiado y ve con malos ojos que mi hermano la pretenda. Pero últimamente ya no la he visto, me gustaría que coincidiéramos y contarle sobre mi ruptura con Flavio.

No recuerdo cuánto tiempo pasó desde la llegada de Luis hasta el día en que me desperté más temprano de lo habitual y pensé que ya sería hora de ir planeando hacer mi vida fuera del cobijo materno. Lo primero era conseguir un empleo, luego buscar un cuarto no muy lejos de mi madre para seguirle ayudando con los quehaceres y los gatos, y en tercero quitarme de la cabeza la ridícula esperanza de que un día Flavio tomaría el teléfono (pues de ninguna forma se aparecería por aquí sabiendo lo que mi madre opina de él) para pedirme que reconsideremos. Me avergüenza confesar que esta tercera opción es la que ha postergado mis proyectos de volver a mudarme (Flavio conoce mi dirección), pero enseguida me digo que debo ser muy tonta para creer que algo así va a pasar, que seguramente ya andará del brazo con la coreógrafa o con alguna actricilla en busca de oportunidades igual que él, y que en estos momentos mi recuerdo no debe ser más que una evocación lejana y borrosa.

Sin embargo, nada de lo que había pensado esa mañana fue la causa de que me quedara en casa de mi madre por un plazo al cual no le veo fin. Aún ahora me cuesta entender cómo la vida sabotea los planes, aún los más sencillos, de una manera inesperada y en apariencia inocente. Quiso la

suerte no sé si buena o mala que todos los gatos del mundo se atravesaran en la vida de mi madre. Afuera de la clínica, en los jardines vecinos, en la parada del autobús o frente a nuestra puerta, fueron apareciendo felinos que parecían no tener otro destino que cruzar el umbral de la casa. Durante algunos días, al despertar Eliseo y yo nos hallábamos con la novedad de que ya teníamos un nuevo miembro en la familia, asomando el rostro peludo por encima de la bolsa con agujeros que mi madre lleva siempre consigo para estos propósitos.

Rápidamente fueron llegando más, incluso dos o tres al día, y sin darnos cuenta al poco tiempo vivíamos ya dentro de un torbellino de pelos, maullidos, saltos y correrías. La casa entera parecía convulsionarse con tanto ajeteo, no se podía caminar sin pisarle la cola a uno o desatar una estampida que se precipitaba encima de las mesas, las sillas, en las camas. Ya los podía ver colgándose de las cortinas, husmeando bajo el lavadero, revolcándose entre los cajones de la ropa, deslizándose por el alféizar de las ventanas. Mis nervios estaban hechos trizas; Eliseo, por su parte, sufría constantes ataques de ansiedad que resolvía yéndose a la calle, al club, a donde fuera. La única que parecía ajena a la situación era mi madre. Cuando pasaba frente a la cocina, persiguiendo con la escoba a un gato furioso, podía verla, imperturbable, sorbiendo su café y hojeando una revista, como si el ajeteo no le molestara en absoluto. Mientras tanto, Luis continuaba con su rutina de salir a la hora de los alimentos y a comprar cigarrillos, caminaba despacio entre el mar de gatos, con aire ausente, como si tampoco a él le incomodara que la casa se hubiera convertido en un refugio para animales enloquecidos.

No me di abasto. Hice a un lado los deberes domésticos, atendiendo sólo los básicos. Mis días a partir de enton-

ces transcurrieron, al principio, en instalar a los gatos recién llegados. Con una malla de alambre dividí el corto patio de servicio en tres secciones, y coloqué a cuatro felinos en cada una pese a las molestias de Nene y sus crías. En la habitación de los siameses levanté falsas paredes de madera para dividirla en cuatro apartados y poner cinco felinos en ellos, teniendo cuidado de no revolver a los viejos con los nuevos inquilinos; por supuesto, los siameses se quedaron con uno. En las esquinas de la sala Eliseo construyó una especie de casitas con ventanas y ahí alojamos al mayor número, considerando que pudieran estirar un poco las patas. En el cuarto de mi madre dormían los cinco que eran sus consentidos.

Como el espacio no me daba para más, tuve que poner a nuestros viejos gatos, Lilus y Orko, en el área de la regadera, y a los recién llegados, Marbella y Silviano, abajo del sofá donde dormíamos Eliseo y yo. Pero dormir es una palabra cuyo significado he olvidado, porque no se le puede llamar así al acto de cubrirse con una sábana (las mantas eran para las camas de los gatos) y tener el oído alerta, en una duermevela temblorosa, atisbando el menor movimiento para levantarme de un salto y avanzar entre la oscuridad, tropezando con los muebles, en busca de algo que ni siquiera yo sabía bien qué era.

Ahora que recuerdo esos días y el cansancio me pesa de una manera que no puedo describir, me parece como si desde aquella época no hubiera pegado el ojo ni un solo instante; sin embargo, ahí estaban los sueños, la prueba irrefutable de que en algún momento el cuerpo se arrancaba los amarres que lo sostenían en la vigilia y se hundía en terreno fangoso.

A veces soñaba que me sentaba en la primera fila de un teatro a oscuras. En el fondo del escenario, bajo la luz de un

reflector, se encontraba mi madre sentada en un pequeño banco. Permanecía inmóvil. Todos los espectadores tenían un aspecto muy similar al de Luis y la miraban con recelo. La obra se ponía en marcha, los actores recitaban sus parlamentos, sin que mi madre desempeñara papel alguno, como si fuera tan sólo una parte más de la escenografía. Al final, cuando caía el telón, la escuchaba recitar en voz baja: *Los maridos legítimos fosforecen menos a cada desayuno*. En otro sueño, yo llegaba a la casa, sofocada, cargando mis maletas y veía asomarse por las ventanas a decenas de niñas de mirada lánguida, traían puesto un uniforme escolar color rojo y moños en la cabeza. Al cruzar la puerta se echaban a correr despavoridas, gritando palabras en francés; alcancé a una, la levanté en vilo frente a mis ojos y exclamé aterrada: ¡Madame, haremos el acto como usted quiere, pero sin los lagartos!

En una ocasión en que me permití un breve descanso, dormitando sentada en el piso con la espalda apoyada contra la pared, vi a mi hermano frente a la habitación de Luis, haciéndome una seña para que me acercara. La puerta estaba entreabierta, y me asomé con cuidado. Acostado boca arriba, el hombre miraba el techo, pensativo, en una mano tenía un cigarrillo y con la otra apoyaba la nuca contra la almohada. Parecía ausente, como si las manchas de la humedad lo hubieran sorbido o a través de ellas hubiera estado cavando una serie de túneles hacia tiempos pasados o futuros que lo hacían olvidar acaso el absurdo presente que lo mantenía pegado al colchón con el televisor encendido y sin volumen.

—Mira —dijo Eliseo—, esto es lo que yo llamo un gran artista.

Le hice un gesto para callarlo, pero siguió hablando de lo fácil que es ganarse la vida no haciendo nada, sin impor-

tarle que Luis nos estuviera escuchando. De cualquier modo no advertimos ni un solo movimiento de su cuerpo que nos indicara que nos estaba prestando atención. En verdad parecía que el hombre no estaba ahí, era sólo un montón de huesos y humo. Pero sí estaba ahí. Y ése era el problema, como si su apatía simbolizara eso que nos detenía para cambiar la dirección en la cual se habían enfilado nuestras vidas. ¿No sería que su obstinación por aislarse fuera una señal para que nosotros hiciéramos lo mismo, para salirnos de aquel torbellino cada vez más caótico e irreparable?

Pero los días siguientes no nos dieron oportunidad para ello. Mi madre continuó trayendo más gatos a la casa y pronto nos vimos rebasados, no sólo se trataba de los que recogía en la calle, sino que éstos se reproducían con inusitada rapidez, y nos daba lástima separar a las madres de las crías. En contra de nuestra costumbre, tuvimos que sacar los cajones de arena al patio y afilamos una serie de platos con alimento y agua. Fueron inútiles los esfuerzos por mantener a raya a los que ya no cabían en ninguno de los cuartos, nuestras viejas mascotas comenzaron a enfrascarse en furiosas peleas con los recién llegados, y el número de felinos heridos fue creciendo cada vez más. Al cabo de un par de días hallamos a dos crías de Nene y a Lilus muertos en la cocina. Las primeras bajas, dijo Eliseo con una tristeza mal disimulada.

A partir de entonces habría muchas más. A pesar de los cuidados y de los mimos, los gatos parecían estar librando su propia guerra, los chillidos eran horribles, a veces era tanta la violencia con que se agredían que ni mi hermano ni yo nos atrevíamos a apartarlos.

Convertí, entonces, el cuarto que una vez perteneció a los siameses en una improvisada sala de enfermería. Fabricamos una especie de camillas con cajas de cartón y colocamos ahí a los heridos. De tanto en tanto, Eliseo llegaba

sudoroso y jadeante y me entregaba en los brazos más animales lastimados; por mi parte, yo anotaba en un cuaderno el número de caídos y de sobrevivientes. Desafortunadamente fueron más las pérdidas, y entonces mi hermano tuvo que renunciar a su empleo para dedicarse por entero a cavar hoyos en el saturado jardín para darles sepultura. Sin embargo, el espacio pronto dejó de ser suficiente y nos vimos obligados a construir una especie de horno para incinerarlos. La peste era insoportable y los vecinos amenazaron con llamar a la policía.

Mi madre seguía inalterable, volvía por la mañana de la clínica, desayunaba, y se encerraba en su cuarto, casi hasta la hora en que debía regresar al trabajo. Mientras tanto, dentro de todo este ajetreo nos olvidamos de Luis. Si salía o no de su habitación para prepararse algo de comer, nunca nos enteramos, tampoco nos dimos cuenta de que pusiera un pie en la calle. Simplemente nuestras ocupaciones lo volvieron invisible, y a juzgar por su actitud, supongo que mi madre tampoco lo echaba de menos.

La tarde que encontramos el cuerpo de Luis sobre la cama coincidió con la muerte de Nene y dos de sus crías. Fueron los últimos gatos que arrojamos al fuego y los últimos también que había en casa. Estábamos exhaustos, hacía días que nos turnábamos Eliseo y yo para dormir un par de horas y comer lo que fuera. El material de curación y las medicinas nos habían dejado sin un centavo. Al pasar frente a su cuarto llevando en brazos los restos de Nene, Eliseo notó que la puerta estaba entornada. Bastó que la empujara un poco para descubrir que Luis yacía inmóvil. Su muerte nos provocó un poco de extrañeza, pero nada más, el cansancio nos había convertido en un par de sombras agónicas.

Ahora no podría decir con exactitud de dónde sacamos las fuerzas para trasladar el cuerpo de Luis, ya avanzada la

noche, hacia uno de los lotes baldíos en donde mi madre había recogido los últimos gatos. Había adelgazado muchísimo, como si esto pudiera ser posible, y su apariencia era ya tan deplorable que fácilmente se le podría confundir con un vagabundo. Luego regresamos a casa y nos dormimos.

A la mañana siguiente nos despertó el sonido de la llave en la cerradura, mi madre estaba de regreso; y como si en todo este tiempo hubiéramos estado ausentes, miramos a nuestro alrededor y lo que encontramos nos dejó a mi hermano y a mí completamente atónitos. La casa entera estaba destruida, las cortinas rasgadas, los muebles rotos y en el aire flotaba un olor a muerte. Incluso me costaba trabajo reconocer a Eliseo, quien parecía haber envejecido vertiginosamente.

Presintiendo acaso lo que más temía, mi madre se dirigió directo al cuarto de Luis, esquivando las camillas improvisadas, el montón de vendas con restos de sangre, los frascos de antisépticos derramados por el piso. Se detuvo en el umbral de la puerta y contempló con decepción la cama vacía, la ropa sucia, la gorra con la que llegó el primer día. Permaneció inmóvil unos minutos y luego, sin decir nada, caminó lentamente hacia la cocina. Mi hermano y yo la seguimos en completo silencio. Sin mirarnos ni una sola vez, se puso su delantal y comenzó a lavar los trastes sucios que se apilaban dentro del fregadero desde hacía tiempo. Eliseo se sentó a la mesa y se puso a comer los restos de una manzana en muy mal estado. Yo abrí la puerta que da al patio y empecé a sacar los desperdicios. De pronto, Eliseo salió corriendo de la cocina y volvió con la vieja guitarra de Luis. Le preguntó a mi madre si también ponía el instrumento en el cubo de la basura, y ella sin dejar lo que estaba haciendo le dijo que sí.

Medidas extremas

Desde hace semanas que la tía Fede sufre de pesadillas, y como no tiene a nadie más que la escuche (pues el tío Horacio no cuenta cuando se trata de asuntos graves) se le ha ocurrido llamarme por la madrugada pensando que si no lo hace algo terrible le ocurrirá. Por desgracia casi todas sus pesadillas se presentan entre las tres y las cinco, por lo que mis horas de sueño se han reducido a tal punto que me he sorprendido durmiendo, de pie, en la fila del banco, bajándome del autobús en lugares que desconozco y endosando los cheques con una firma que no es la mía.

La tía Fede afirma que el mejor momento de contar una pesadilla es exactamente dos o tres minutos después de abrir los ojos, para que ningún detalle se disuelva con las distracciones del entorno. A veces es suficiente con ir a lavarse las manos al baño para que el agua se lleve las imágenes, dice, lo cual es inaceptable, porque los sueños son señales que envía el mundo para ser interpretadas, y el soñador pueda tomar las precauciones del caso. De modo que todos estos días no me ha quedado otro remedio más que meterme a la cama con un libro, encender el televisor, dejar todas las luces prendidas de la casa, beber incontables tazas de café y, por si todo esto fallara y me ganara el sueño, poner la alarma del despertador justo a las tres de la mañana, la hora en que por lo regular la tía Fede se despierta sobresaltada, con el camisón pegado al cuerpo, temblando.

La primera vez que recibí una llamada suya tuve el sentimiento de que algo malo había ocurrido con el tío Horacio. Desde su jubilación no ha dejado de quejarse de intensos dolores, a veces en la espalda, en las rodillas, en la nuca, se ha vuelto irritable y pasa casi todo el tiempo escuchando los noticieros radiofónicos, sentado en su sillón con un vaso de ron en la mano. Los médicos no le encuentran nada, pero insiste en visitar uno nuevo cada vez. Les reprocha su falta de profesionalismo, los acusa de ineptos y sale dando un portazo del consultorio. No sé cuántos ha visto, pero a juzgar por la cantidad de facturas que me envía la tía Fede, supongo que son más de los que puedo pagar.

Pero en esa ocasión no se trataba del tío Horacio.

—Querido, ¿te he despertado? Perdona que te moleste a estas horas, pero he tenido un sueño terrible y no he querido inquietar a tu tío, la ha pasado muy mal últimamente. ¿Te incomodaría que lo platicara contigo?

Pero antes de que pudiera contestar, arrancó con su voccecita trémula:

—Estaba sola —me dice—, un desconocido me está observando desde el jardín, tras la reja. Yo lo descubro a través de la ventana de la cocina y tengo miedo. Estoy segura de que en cualquier momento pasará algo malo, saco las tijeras del cajón y aguardo detrás de la puerta, como en las películas. Todo está oscuro, no hay un alma en la calle, y sin embargo escucho el canto de los pájaros, pero no es el canto normal, hay algo en los trinos que me dice que nada de lo que está sucediendo es normal, que el desconocido está esperando a que me descuide para entrar a la casa y cometer un acto terrible. El corazón me late deprisa, trato de arrastrar una silla para atrancar la puerta, pero no puedo, pesa demasiado, como si estuviera clavada al piso. Entonces, de repente, una racha de viento sopla furiosamente

sobre mi cara, y al levantar la vista descubro con horror que la puerta ha desaparecido, que sólo hay un enorme hueco en la pared y que el canto de los pájaros entra con mayor fuerza, cada vez más alto, más estridente, rasgando la oscuridad, estallando en mis oídos como un repiqueteo incesante. Cuando siento que ya no puedo más, que estoy a punto de desmayarme, escucho un grito, me vuelvo y veo a tu tío Horacio tirado sobre la alfombra, ensangrentado, con las tijeras clavadas en el vientre. Son las mismas tijeras que yo había tomado del cajón de los cubiertos unos minutos antes. Todo es confuso, no alcanzo a comprender cómo llegaron ahí. De inmediato me dirijo al baño para buscar una venda o algo con que darle los primeros auxilios, pero cuando estoy por abrir el botiquín me doy cuenta de que la mujer reflejada en el espejo no soy yo, es una mujer rejuvenecida, podría decirse satisfecha, o peor aún, complacida. ¿Puedes creerlo? ¿Cómo puedo soñar este tipo de cosas? Creo que estoy perdiendo la razón.

Curiosamente Lula también sufría de pesadillas, pero no se atrevía a contármelas, no sé si por falta de confianza o porque lo que había experimentado era preferible no decirlo. Pero bastaba escucharla gritar, lanzar golpes al aire, cubrirse el rostro con el antebrazo para saber que se estaba defendiendo de alguien. Entonces, yo encendía la luz y le acariciaba la frente.

—Lula, tranquila, no pasa nada. Sólo ha sido un sueño —le decía, y le secaba el sudor con la punta de la sábana.

Recuerdo la maraña húmeda y pegajosa de su cabello, los labios apretados, la mirada extraviada, como si no se creyera aún a salvo y esperara una mínima señal para ponerse nuevamente en guardia. A veces se volvía hacia mí y me miraba fijamente, como si yo tuviera algo que ver con su pesadilla. Luego iba al baño y se quedaba ahí quince,

veinte minutos con el seguro puesto. Yo le traía de la cocina un poco de leche, que bebía, siempre en silencio. En tanto, recogía las mantas, volvía a hacer la cama y la arropaba. La noche transcurría con calma, hasta que otro mal sueño irrumpía y volvía a encender la luz, y todo comenzaba de nuevo.

Fuera de esos episodios, podría decirse que nuestra relación marchaba bien, íbamos al cine los lunes, alimentábamos a las palomas en la alameda, incluso comenzamos a amueblar la casa a su gusto y visitábamos de vez en cuando a la tía Fede y al tío Horacio, al pueblo donde viven, a cientos de kilómetros de aquí. Nos quedábamos unos días y luego regresábamos a nuestra rutina. Lo habitual en cualquier pareja, hasta que un día al volver de la oficina me encontré una nota, avisándome que podía disponer de sus cosas como mejor me viniera en gana, y que esperaba que yo reconsiderara lo que había hecho para obligarla a marcharse. Nunca supe a lo que se refería, aún hoy me lo sigo preguntando.

Lo cierto es que la pasé muy mal algunos días, no muchos, supongo, y decidí volver a lo mío. Al menos desde su ausencia podía dormir sin interrupciones, hasta que, claro, al mes siguiente a la tía Fede le dio por tener sueños terribles que requerían de una escucha atenta y una paciencia que estaba a punto de acabárseme.

A veces pienso que debería desconectar el teléfono antes de ir a la cama, así de sencillo, sin ningún remordimiento. Pero luego pienso en la tía Fede, sentada en la orilla del colchón, en penumbras, mordiéndose las uñas, preguntándose angustiada si me habrá pasado algo que no respondo a su llamada. Y es que apenas suena el primer timbrado, me levanto de un salto y pego la carrera hasta el fondo del pasillo donde tengo el aparato, y digo absurdamente hola,

quién habla, aunque de antemano ya sé que es la tía Fede, y que durante la próxima hora tendré que soportar la descripción minuciosa de sus sueños.

Ahora mismo, metido entre las cobijas con un libro que no termino de leer, porque el cansancio me vence y repaso el mismo párrafo una y otra vez, pienso que debería acostumbrarme a que el teléfono siga sonando, con la vaga esperanza de que mi tía comprenda que no deseo hablar; pero también sé que si no contesto rápidamente no dejará de marcar mi número una y otra vez hasta la hora en que debo darme una ducha y salir rumbo a la oficina. Peor aún, creo que el teléfono seguiría sonando incluso cuando me haya marchado, y los vecinos se preguntarían qué diablos le pasa al que llama, pues es obvio que no hay nadie en casa, o pensarían que nuevamente estoy tan enfermo que no puedo levantarme a contestar el aparato, o que simplemente no deseo hacerlo y dejo que suene una y otra vez para romper la calma del vecindario y fastidiarlos. Pero no quiero problemas con ellos, ya tuve suficientes cuando Lula y yo vivíamos juntos, y teníamos a la policía al menos una vez por semana tocando a nuestra puerta a causa de sus arrebatos. Entonces, como si la tía Fede estuviera leyendo mis pensamientos, escucho el timbrado del teléfono y enseguida su pregunta habitual.

—Querido, ¿te he despertado?

Y antes de que yo pueda siquiera abrir la boca, comienza a relatarme rápidamente un sueño relacionado con mínimas cabezas de muñecas, están por todos lados: alrededor de los geranios, sobre los libreros, adentro del refrigerador o flotando en la olla de sopa.

—Era terrible —me dice, jadeante—. No sabía qué hacer, tu tío no estaba, y yo no me atrevía a tocarlas. Absolutamente todas me miraban con ojos vidriosos, agonizantes. El

rubor de sus mejillas era apenas una mancha pastosa, algunas estaban peinadas con rizos, otras tenían un lunar sobre los labios, como el lunar que nos pintaba mi padre a mi hermana y a mí en nuestro cumpleaños. Y a pesar de los rostros enfermizos, hay algo en ellas que no me permite volverme hacia otro lado. Siento una opresión en el pecho y las piernas me flaquean. Creo que de un momento a otro abrirán la boca para decirme algo que no quiero oír, un secreto que han ocultado desde hace mucho tiempo y que no quiero saber. De pronto tocan a la puerta, me asomo por la mirilla y alcanzo a distinguir la silueta de un hombre, advierto que es el tipo que siempre aparece en mis sueños. Corro hacia mi cuarto, pero antes de que pueda alcanzar la escalera, alguien detrás de mí ya está girando la llave en la cerradura y comprendo que esta vez tampoco podré escapar.

Últimamente me ha dado por quedarme a trabajar horas extras. Cualquier excusa es buena para retrasar el momento de llegar a mi casa y aguardar a que la tía Fede me llame. Una vez concluidas mis obligaciones, me pongo a revisar las facturas que debo entregar a mis superiores, a limpiar los escritorios de mis compañeros, a ordenar los expedientes del archivero, aunque de antemano sé que no hay mucho qué arreglar, porque siempre estoy al pendiente de que nada esté fuera de su sitio, que las fechas, los números y los nombres coincidan, y si para eso hay que sacar todos los papeles, uno a uno, y examinarlos con cuidados extremos, hay que hacerlo, aunque los demás no lo entiendan y se burlen de uno.

También se me ha ocurrido llevarme a la oficina asuntos pendientes de la casa. El botiquín es uno de ellos. Siento la necesidad de comprobar cada tanto que la fecha de caducidad de los medicamentos esté vigente. Cuando advierto que alguno está próximo a vencerse, aparto los empaques

y los frascos, y anoto sus nombres para surtirme con tiempo. No importa que los empleados de la farmacia que acostumbro me esperen los días veintinueve de cada mes con un paquete ya listo y que no sea necesario abrir la agenda para solicitarles lo que me hace falta. Prefiero encargarme personalmente de comprobar que lo escrito en mi lista sea lo mismo que ellos me entregan en una caja con mi nombre anotado en la parte superior. Podría haber un error, acaso en el gramaje o en la fórmula o en el color, y resultaría insostenible, en medio de un ataque de migraña o de artritis, quitarme la pijama, abordar el autobús, cruzar la ciudad media hora y llegar a la farmacia para encontrarla cerrada.

En mi desesperación por demorar el instante de entrar a mi casa y esperar la llamada de la tía Fede he llegado al límite, impensable en otros tiempos, de invitar a los otros dos contadores que trabajan conmigo a cenar, a tomar una copa, a recorrer los suburbios en taxi. Pero todo ha sido en vano, apenas dan las tres de la mañana suena el teléfono.

—Querido, ¿te he despertado?, ¿te molestaría escucharme unos minutos?

Le respondo que no se preocupe, que estoy a su disposición, aunque en el fondo arda de ganas de gritarle que ya es hora de escoger a otro pariente para contarle sus cosas; pero hace tanto tiempo que nadie de nuestra familia le hace el menor caso, y siendo yo el único sobrino cercano... Como siempre, me aguanto el coraje y finjo interés en su charla, y no sólo eso, incluso la aliento a que me relate los pequeños detalles, los tropiezos, el sabor metálico en la lengua producido por el miedo. Le pregunto si todavía sigue escuchando la voz que atraviesa su almohada para murmurarle palabras obscenas o si aún aparece el hombre que la acosa, apostado tras la reja, observándola.

—No, querido, nada de eso. Ahora se trató de algo muy diferente —dice la tía, evidentemente contenta por mi interés—. Estaba con tu tío Horacio en el consultorio del doctor Triulsi, un hombre muy agradable que siempre nos recibe con palmaditas en los hombros. Mientras se ponía su bata, me detuve a contemplar los diplomas colgados de las paredes, no sabía que el doctor hubiera estudiado en tal cantidad de universidades, los marcos eran muy bonitos, de ésos que aparecen en las revistas de decoración y que un día me gustaría tener en la sala. Pero bueno, a lo que iba, nos sentamos, y tu tío comenzó a describirle sus dolencias más recientes. El médico lo miraba fijamente, de vez en cuando le hacía preguntas, luego se levantó y le tomó el pulso. Pero de pronto, soltó el brazo de tu tío y sin decirnos nada salió del consultorio.

Me sorprendió mucho su actitud, pero traté de guardar la calma pensando que tal vez había ido por algún nuevo medicamento, mucho más eficaz que los que le ha recetado en los meses anteriores. Estuvimos esperando un rato, no sé decirte cuánto, porque ya sabes que en los sueños el tiempo se manda solo, pero como el médico no volvía decidimos retirarnos. En el justo momento en que le ponía el abrigo a tu tío apareció la señora Teresa, la misma que nos vende las gladiolas. Era extraño encontrarla ahí, pues nunca abandona su puesto en el mercado más que para llevarnos las flores todos los viernes. Nos saludó efusivamente y nos dijo que no nos preocupáramos, que el doctor Triulsi ya no podría seguir atendiéndonos, pero que si no teníamos inconveniente, se ponía a nuestras órdenes para seguir revisando al paciente.

Yo estaba perpleja, pero como tu tío no tiene muchos prejuicios que digamos, se quitó la camisa y le indicó los lugares exactos donde el dolor era más intenso. Entonces,

antes de que pudiera hacer algo para evitarlo, la señora Teresa tomó un bisturí e hizo una incisión profunda en la espalda de tu tío. Comencé a gritar horrorizada. Los dos me miraban incrédulos, como si mi reacción fuera desproporcionada para una práctica médica tan sencilla. Luego metió la mano entre las capas de piel y músculo que se plegaban como si fueran las hojas de un periódico y extrajo ¡un ratón recién nacido!, ¿puedes creerlo?, era un ratoncillo repugnante aún con los ojos cerrados y la piel arrugada. Lo puso en la palma de su mano y me lo mostró, complacida.

—A veces estos amigos surgen de los lugares más insospechados, dijo la señora Teresa, con cierto orgullo profesional—. En otras ocasiones los he sacado de los tobillos o debajo de la vesícula. Son los responsables de la mayoría de las enfermedades que conozco. La cuestión es tener buen ojo y saber el momento exacto en que deben salir al mundo, no es bueno dejarlos en el cuerpo del paciente mucho tiempo, porque causan fatiga o, como en el caso de su esposo, un dolor de espalda inaguantable. Pero véalo, si se fija bien, no son tan feos como parecen. Ya cuando andan corriendo por las alcantarillas o husmeando entre los cajones de la ropa es otro asunto.

No podía creerlo, me llené de asco e intenté abrir la puerta del consultorio y huir, pero no tuve tiempo porque la señora Teresa me cortó el paso y dijo:

—Se lo entrego de una vez, antes de que me confunda con los ratones de los otros pacientes. Guárdelo, uno nunca sabe cuándo le pueden pedir su historial médico, y créame, éste lo es, ¡vaya que si no!

Y sin decir nada más lo introdujo rápidamente en mi blusa. Yo gritaba, sacudiéndome, tratando de liberarme de aquel bicho que se deslizaba por mi cuerpo, empecé a golpearme el vientre, los muslos, las rodillas, hasta que

finalmente resbaló por una pernera y cayó a un lado de mis zapatos. No podía respirar, me desplomé en la silla, muy cerca de tu tío Horacio, quien me miraba indignado por el papelón que había hecho.

También noté que debajo del pantalón, encima del muslo derecho, sobresalía un bulto, pensé de inmediato que en su intento por escapar a mis golpes el pobre animal me había mordido y que la piel se había inflamado de golpe. El bulto se fue haciendo cada vez más grande, pero no sentía ningún dolor, entonces me angustié aún más. Así que me aflojé el cinturón y metí la mano para palparme, pero lo que descubrí no era la piel hinchada, ni siquiera se trataba del ratón, como absurdamente llegué a pensar pese a que lo había visto caer casi sobre mi zapato, sino... ¡un libro pequeñísimo!, ¡un miserable y diminuto libro! Sacudí con fuerza la pierna y cayó del mismo modo que el ratón hacía unos momentos. Era un libro muy parecido a esos que olvidas en la casa cuando vas a visitarnos. ¿Puedes creerlo? Lo alcé con cuidado, estaba cubierto de polvo. Se llamaba Písale el rabo al tigre de papel. ¡Imagínate, qué título tan feo!

Hace días que le doy vueltas al asunto, pensando qué hacer con la tía Fede. De hecho no hago otra cosa más que eso, mientras viajo en el autobús, cuando hago la compra, en la ducha, al revisar las cuentas de la empresa. Desafortunadamente, mi desempeño laboral ha decaído mucho. Ayer, por ejemplo, encontré sobre mi escritorio una notificación del departamento administrativo. Estaba firmada por el contador general, y en ella me informaban de las sanciones a las que me someterían en caso de que los errores continuaran. La notificación terminaba con las palabras: medidas extremas. Nunca en todo el tiempo que llevo trabajando para la compañía como contable me había ocurrido algo así. De golpe, me sentí abatido, impotente. Pensé en

hablar con la tía Fede, y si no impedir sus llamadas, al menos cambiarlas de horario, tal vez a las siete, cuando llego a casa, por ejemplo, antes de untarme el ungüento contra las verrugas. Siento que he gastado mi vida inútilmente en preocuparme por sus asuntos, cuando en realidad debería hacerme cargo de los míos, por ejemplo, Lula.

Si bien hace meses pensé que su recuerdo ya no me causaba ninguna aflicción, me he descubierto recordando los viajes que hacíamos por carretera. No importaba hacia dónde, podía ser cualquier lugar. Ella le pedía prestado el coche a su hermana y nos enfilábamos por la autopista pisando el acelerador a todo lo que daba. El sitio era lo de menos, me decía, con tal de alejarse lo más posible de la sensación opresiva que la obligaba a encerrarse en casa días enteros, hojeando revistas, mirando la televisión, espiando a los vecinos. Nunca me expliqué las razones de su conducta, pero creo que tampoco hice ningún esfuerzo por entenderla. Tal vez las pesadillas que sufría, al igual que la tía Fede, tuvieron que ver con ello, no sé. Creo que ahora tampoco podré saberlo, como tampoco sabré muchas otras cosas que me hubiera gustado descifrar de ella. Por el momento, la única certeza en mi vida es la erupción que descubrí hace una semana, al salir de la ducha.

Desde entonces, decenas de granillos rojos se han extendido a lo largo de mi cuello, cuya picazón se ha vuelto insoportable. De nada han servido todos los aceites y pomadas que el policía de la farmacia me ha recomendado. Cada vez estoy peor, y a pesar del calor y la humedad de la época, me he visto forzado a envolver la piel inflamada en una venda y encima ponerme una bufanda o un pañuelo para disimular el eczema, pero es obvio que no engaño a nadie. Mi aspecto ya no es el de antes, he perdido peso de una manera vertiginosa, traigo permanentemente los

párpados hinchados y, a juzgar por la cantidad de cabellos en el piso de la regadera, estoy seguro de que pronto me quedaré calvo.

Los compañeros me preguntan con frecuencia si estoy enfermo, me miran con recelo y evitan rozar sus codos con los míos al encontrarnos en las escaleras o que nuestras rodillas choquen debajo de la mesa en el salón de juntas; pero aún así hay otros que no pueden ocultar su repulsión y me rehúyen, como si la sola visión de mi aspecto pudiera contagiarlos. Sé que de continuar así es muy probable que pierda el empleo, nadie quiere tener en su empresa a un contador con una pinta tan desagradable.

Entonces me digo que ya no estoy dispuesto a seguir recibiendo las llamadas de la tía Fede. Me armo de valor, tomo el teléfono y marco su número. Quiero decirle que se busque a otro que la escuche o que le cuente al cartero sus pesadillas o que tome píldoras si es necesario para dormir la noche entera, sin interrupciones, en fin. Sin embargo, mientras oigo sonar el timbre llamando en su casa, advierto que en realidad tengo la esperanza de que no conteste, tengo miedo de que mis palabras la enfaden o de que llegue a creer que mis afectos han disminuido. El timbre sigue sonando sin que nadie responda y ahora soy yo el que se preocupa, pero luego pienso que si no ha levantado el auricular es porque seguramente se encuentra en el jardín arrancando escarabajos de las plantas, o en la cocina preparando el desayuno o en la calle, del brazo del tío Horacio, buscando el consultorio de un nuevo médico. El corazón me late deprisa, las manos me sudan, y cuando estoy a punto de colgar, escucho su voz jadeante del otro lado del teléfono: ha subido las escaleras corriendo. Pero me es imposible reclamarle cualquier cosa, me saluda como si hubieran transcurrido meses de no hablarnos, como si no me

hubiera descrito lo que había soñado apenas unas horas antes, en la madrugada. Me pide que en mi próxima visita le lleve semillas de claveles y abono, y también las revistas deportivas que tanto le gustan al tío Horacio. Mándale mis saludos a Lula, dice, qué buena chica es, tan simpática, aunque un poco callada. Nos despedimos cariñosamente y colgamos. Dieciocho horas después suena el teléfono, contesto, es ella:

—Querido, ¿te he despertado?, ¿te molestaría escucharme unos minutos?

Los jefes de mi departamento se han dado cuenta de que mi presencia en la oficina a altas horas de la noche no obedece a pendientes laborales y me han pedido que cheque la tarjeta al igual que los demás y me vaya a casa en punto de las seis de la tarde. Como tampoco quiero tener problemas con ellos, he obedecido sus instrucciones, y al poco de sonar el timbre de salida me he visto recorriendo las calles del centro de la ciudad en busca de una distracción con qué demorar mi vuelta a casa. Fue mientras miraba los aparadores de una tienda de pianos antiguos cuando vino a mi mente una posible solución. Finalmente se trataba de sueños, y si en algún campo había que enfrentar las pesadillas sería precisamente ése, ese mundo inasible y huidizo en donde había que darle batalla. Se me ocurrió entonces que podía intentar forzar mis propios sueños para cambiar de dirección los de la tía Fede. Había leído en alguna parte que si momentos antes de dormir una persona se concentraba intensamente en lo que deseaba ver, era muy probable que la mente se encaminara por esos rumbos. Decidí que pondría en práctica tales sugerencias.

Mi plan consistía en irme a la cama después de planear a conciencia lo que debería soñar, para manipular los acontecimientos a voluntad e intervenir oportunamente en sus

pesadillas. Por ejemplo, pensaba que si la tía volvía a ver a ese sujeto que la vigila tras la reja, yo entonces tendría la posibilidad de hacerlo desistir de continuar acechándola, o bien, podría estar al lado de ella y tranquilizarla, tomándola del brazo y conduciéndola a su cuarto, evitando así la escena angustiante.

La primera noche mi plan no tuvo éxito. Las imágenes de mis sueños se tornaron caprichosas y sólo obtuve retazos de episodios apenas recordables. Por supuesto, pasadas las tres de la madrugada sonó el teléfono y tuve que atender a la tía Fede que sollozaba, balbuciendo palabras, de entre las cuales sólo pude captar *catedral*, *auxilio*, *cerezas*. Los días siguientes ocurrió algo semejante, de nada había servido concentrarme antes de pegar la cabeza a la almohada en lo que seguramente habría de soñar la tía Fede y de la forma en que yo intervendría para salvarla.

Por fortuna no tuve que esperar mucho tiempo para que mis esfuerzos rindieran sus frutos. Soñé que entraba a su cuarto y la veía dormir, al lado del tío Horacio. Su lamparita de noche estaba encendida y a través de la ventana no se escuchaba más que el canto de los grillos. Tomé asiento frente al tocador y esperé alguna señal de que la tía Fede estuviera sufriendo una de sus acostumbradas pesadillas. Llegó pronto, de golpe su cara regordeta comenzó a contraerse en gestos desesperados, el grosor de su cuerpo parecía desbordarse de la cama, obligando al tío Horacio a retraerse hasta la orilla, sin despertarse, obedeciendo a un simple reflejo. El sudor le resbalaba por las sienes dejándole el cabello ralo hecho una maraña húmeda y pegajosa, como a Lula.

Ha llegado el momento de intervenir, el que he estado esperando tanto tiempo para evitar que la tía Fede se hunda cada vez más en los horrores que la acosan y que la lleva-

rán a despertarse abruptamente y a marcar mi número. Me levanto de la silla donde ha colgado su bata y me acerco a la cama. Cuando apenas le rozo el hombro, abre la boca desmesuradamente y lanza un grito desesperado con un nombre: ¡Giacomo! La sorpresa me hace tambalear y me dejo caer en la silla. Tengo la sensación de que un poder invisible me paraliza, me sujeta por el cuello y hace que mi respiración se corte de tajo.

Giacomo, ha dicho la tía Fede, el hombre que la acosa en sueños, apostado tras la reja del jardín con actitud amenazadora, lleva mi propio nombre. Aunque estoy perfectamente consciente de que estoy dentro de un sueño, de que nada de lo que estoy presenciando tiene que ver con la realidad, y de que el Giacomo con el que sueña la tía Fede es seguramente otro Giacomo muy diferente a mí, no dejo de pensar en la posibilidad de que ese otro sea yo mismo, y que de alguna manera, involuntariamente, he sido partícipe del sufrimiento de mi tía. Entonces, siento la necesidad de huir, de alejarme lo más pronto de su habitación. Hago un esfuerzo por despertar y lo consigo después de varios angustiosos intentos. Me despierto asustado y con el cuerpo adolorido. Son las seis de la mañana, la hora en que debo meterme a la ducha y prepararme para ir a la oficina. No recuerdo haber escuchado el timbre del teléfono, y a pesar de estar nervioso por haber oído claramente mi nombre en el grito de la tía Fede, no dejo de pensar que tal vez haya encontrado la solución a sus llamadas. Al menos en esta ocasión no lo había hecho, y eso, por el momento era suficiente para mí.

Al cabo de unas semanas podía felicitar me de haber obtenido buenos resultados, en todo este tiempo no había recibido ni una sola llamada de la tía. Me sentía de mejor ánimo y la erupción desapareció de mi cuello. Por fin podía

dormir toda la noche sin interrupciones. Así que seguí manipulando los sueños, curiosamente el escenario era casi el mismo: su cuarto en penumbra, viéndola dormir, agitada, tocarle el hombro y en el momento del grito, hacer un esfuerzo por despertarme y lograrlo. Poco a poco me atreví a incluir algunas variaciones, por ejemplo, fumar un cigarrillo mientras esperaba a que la tía comenzara a sudar y a inquietarse, a hojear las revistas del tío Horacio, a prepararme un sándwich, a escribirle una carta a Lula donde le pedía volver a intentarlo, incluso en una ocasión me descubrí revisando unas facturas pendientes que debía entregar a la mañana siguiente.

Cuando me sentía más confiado al saber que tenía todo bajo mi control, dejé de concentrarme en lo que debía soñar antes de irme a dormir y me olvidé del asunto. El teléfono no volvió a sonar en toda la noche. Pero el viernes siguiente recibí una inesperada llamada en mi oficina. Fui al escritorio de la señorita Greta y tomé el auricular con la absurda esperanza de que la carta que le había escrito a Lula durante el sueño hubiera obrado de una manera misteriosa, invocándola, casi forzándola a buscarme. No pude reprimir un gesto de disgusto cuando escuché la voz pequeñita y temblorosa de la tía Fede al otro lado del teléfono.

—Querido, sé que estás muy ocupado, pero debo disculparme contigo por no haberte llamado en todos estos días. Resulta que no he sentido la necesidad de hacerlo, no me malinterpretes, sé cuánto te preocupas por mí y que ahora mismo te estarás preguntando por qué no te he marcado, es muy sencillo, incluso a mí me causa gracia, todo esto es ridículo, pero por alguna razón cuando estoy comenzando a tener una pesadilla tengo la sensación de que estás ahí, conmigo, a un lado de la cama, vigilando mi sueño, impidiendo que ese horrible hombre cruce la reja y

se interne a la casa. Ve tú a saber qué ha estado tramando todo este tiempo. No puedo ni imaginar lo que nos haría a tu tío y a mí si logra llegar hasta nuestro cuarto.

Cuando colgué me quedé pensando que era muy extraño que la tía Fede continuara advirtiéndome mi presencia mientras dormía, porque yo ya no estaba manipulando los sueños. Puse en duda mis procedimientos, y una insoponible angustia me invadió tan sólo de sospechar que quizá el nombre de Giacomo que pronunciaba en sus sueños no correspondía a mi persona, sino a otra, a otro Giacomo que también tiene una tía que sufre de pesadillas y que ha puesto en marcha un plan idéntico al mío para evitar que lo llamen por teléfono en la madrugada para describírselas. Por otra parte, estaba el sujeto de la reja. ¿Sería que también este mismo hombre rondaba la casa de todas las tías cuyo sobrino se llamaba Giacomo? Y de ser así, ¿qué era lo que buscaba? Comencé a marearme, fui al baño y vomité. Me eché agua en la cara y pedí un permiso para tomarme la tarde.

Los días siguientes intenté concentrarme en mis actividades laborales. Cumplí a cabalidad con lo que me pidieron, y de pronto, mientras atendía a un cliente apareció una nueva solución. Era tan simple que tuve que reírme de mi torpeza. La idea era un tanto descabellada, pero prometía ser efectiva; qué tal si dentro de un sueño, cuando la tía comenzara a agitarse, una almohada cayera encima de su rostro, hundiéndose cada vez con más y más fuerza. Quizá la sensación de alivio, de pasar en un instante al otro mundo, terminaría simbólicamente con las pesadillas que la atormentaban. No se trataba en absoluto de un asesinato real, Dios me castigue aún más si llegara a imaginar siquiera un propósito tan atroz. Lo que pretendía únicamente era acabar con la tía Fede que yo veía en mis sueños y que su-

fría con las aterradoras imágenes de los suyos, una tía irreal, volátil, y cuya desaparición nadie echaría de menos. Con ello, la tía Fede real, la que yo quería tanto, podría liberarse de sus ataduras al percibir un cambio radical en su persona, una sensación de ligereza.

A la noche siguiente puse en práctica mi nuevo plan. Por fortuna, la manipulación de los sueños fue más sencilla que antes. Esperé sentado, en la habitación de la tía, con la frágil serenidad que deben tener los que están a punto de cometer un acto temerario. Al poco tiempo comenzó a dar señales de que la pesadilla se estaba presentando, su boca se contraía duramente y sus manos se alzaban, agitándose en el aire con desesperación. Me levanté despacio y sostuve la almohada unos segundos a corta distancia de la cabeza de la tía Fede, un temblor recorrió todo mi cuerpo, me mordí los labios y de golpe la dejé caer, apretándola contra su rostro. Ella trató de liberarse con movimientos convulsos, manoteando, lanzando patadas, defendiéndose hasta que la respiración cesó por completo. Acaso en los minutos que duró esta operación, cruzó por la aterrada mente de la tía que el hombre de la reja había logrado al fin alcanzar su cuarto, alcanzarla a ella, y que su presencia durante todos estos meses en sus sueños estaba justificada por el mismo crimen que ahora tenía lugar.

Las noches siguientes fueron las más felices de mi vida. Después de tanto tiempo en vela, podía finalmente descansar, dormir a pierna suelta hasta que la espalda me dolía de permanecer tanto tiempo en la cama sin ninguna interrupción. Me recuperé rápidamente, y mi eficiencia en el trabajo se hizo cada vez más notoria entre mis colegas y jefes. Ahora era yo quien le marcaba a la tía Fede de vez en cuando para saludarla, para preguntarle por el tío Horacio, y si deseaba que en mi próxima visita le llevara unos cara-

melos o un poco de abono para sus plantas. Nos poníamos a conversar de asuntos domésticos, de la sorprendente mejoría en la salud del tío, del buen clima, y de que ella estaría feliz de recibirme un fin de semana.

Entonces, cuando pienso que no me podría ir mejor, me doy cuenta de que la vida ha comenzado a cobrarme la factura. En mis sueños me veo a mí mismo en la habitación de la tía Fede, traigo puesta su pijama y las uñas pintadas de rosa al igual que ella, el tío Horacio duerme despreocupadamente a mi lado. Miro al techo preguntándome qué diablos estoy haciendo ahí, acaso preso de un sueño ajeno, y de pronto veo a un tipo en el umbral de la puerta, viste un abrigo oscuro de grandes solapas y botas militares, y me mira entre incrédulo y divertido. Comprendo con amargura que es el mismo tipo de los sueños de la tía Fede, que no le ha importado cambiar de escenario, y que por alguna razón inexplicable ha elegido introducirse en los míos ahora que la tía se ha liberado de los suyos. Lo veo caminar con pasos lentos hacia mi lado de la cama. Entiendo a lo que ha venido y no opongo resistencia. Cierro los ojos, y mientras pienso qué estará soñando Lula en estos momentos, siento todo el peso de aquel hombre apretando la almohada contra mi rostro, me defiendo como puedo, sacudo el cuerpo convulsivamente, mi respiración se debilita, siento que estoy agonizando, y cuando creo que la muerte está a tan sólo unos instantes de alcanzarme, despierto. Mi cama está revuelta, traigo el camisón de la tía Fede pegado al cuerpo y mi cabello es una maraña húmeda y pegajosa.

Coordinación editorial

Sayri Karp Mitastein

Cuidado editorial

Jorge Orendáin Caldera

Coordinación de diseño

Edgardo López Martínez

Diseño de forros e interiores

Sol Ortega Ruelas

Medidas extremas

Se terminó de imprimir en noviembre de 2010 en los talleres de Editorial Pandora, S.A. de C.V. Caña 3657, La Nogalera, 44470 Guadalajara, Jalisco. Para su formación se utilizaron las tipografías Frutiger y Avenir, diseñadas por Adrian Frutiger.

